

SATANÁS TAMBIÉN SANA

(BIBLIOTECA HUGO GIOVANETTI VIOLA / *EL PASADO DEL CIELO* 29)



Autorretrato de Michelangelo en la Capilla Sixtina

para V. S.

Quién sabe a qué oscuridades de amor puede llegar el cariño.
CLARICE LISPECTOR

En la vida, cuando una puerta se cierra siempre hay otra que se abre. Pero los pasillos

son un infierno.
RONNIE KAYE

1 / PABLO

Dos noches antes de que mi primo Camilo llegara a París me sobresaltaron unos suaves golpes percutidos en la puerta de la chambre del hotel y encontré un hombrecito treintón barbudo y semicalvo, que no pudo disimular durante una fracción de segundo algo que se podría definir como un odio irreversible a la humanidad.

-¿Se puede escuchar el ensayo? -sonrió teatralmente.

Yo estaba repasando algunas partes de la *Fantasia para un gentilhombre*, que tenía que grabar en los estudios de Polydor a fin de febrero bajo la dirección del maestro Piero D'Alba.

-Cómo no -contesté. -Estoy parando aquí porque un amigo uruguayo me aseguró que en el Stella no te hacen problemas con la música. En el Saint-Michel me hubieran sacado a patadas enseguida.

-¿Puedo fumar?

-Seguro. Yo me tengo permitido fumar cuatro por día, pero el humo ajeno no me jode. ¿Sos uruguayo o argentino?

-Nací en Trelew. Mi padre tiene campo y me crié entre las guitarreadas de los quilombos, aunque de música clásica no entiendo casi nada.

-Esta es una obra de Joaquín Rodrigo, el mismo autor del *Concierto de Aranjuez*.

-Puf. A Aranjuez lo conozco mucho -me ofreció un Gauloise superlong. -Una novia que tenía en el liceo se pasaba escuchándolo y un día me dio un ataque poético y le puse de nombre *El ángel del miedo en el paraíso de Adán* a ese concierto. Nunca entendí por qué.

-No es un mal nombre.

-¿Te parece? -carcajeó. -Lo que pasa es que la minita se hacía dar por el culo para que el médico le asegurara a la madre que todavía era virgen. Hasta que un día estaba acabando como una loca mientras oía el concierto y de golpe me ensopó con una diarrea que olía a tambo y la mandé a cagarse arriba de otro. Nunca más tuve novia.

-Carajo -traté de disimular el asco fingiendo un atorón de risa.

-Yo alquilo la 9 con dos porteños muy piolas que conocí en el tren: el Titi y el Pelusa. ¿No querés venir a tomarte unos vinos debute esta noche? Además conseguimos una terrible maruja holandesa. ¿Te gusta el teatro?

-Más o menos. El teatro uruguayo está muy atrasado.

-Yo estudié un tiempo en Buenos Aires pero ahora me dedico a hacer performances por joder, no más. ¿Querés venir a ver una a la chambre? Te la organizo hoy mismo.

Y como uno de mis peores defectos es el sí fácil y además me gusta el vino le dije que tenía que levantarme temprano para ensayar con la pianista pero que cuando terminara de machacar la escala más diabólica me podía tirar un rato a ver el *acting*.

-Okey. Venite a eso de las diez, así tengo tiempo de avisarle a la actriz. Yo me llamo Ernesto Julián Álvarez -exageró la euforia mientras me apretaba la mano. -¿Y vos?

-Pablo Regusci.

-Tocás como los dioses, pibe. Hace días que me quedo escuchándote en el corredor y me acuerdo del tiempo cuando todavía me sentía un ángel del miedo en el paraíso de Adán.

2 / ALONDRA

Dos domingos después de mudarte a Montevideo alguien comentó en el conventillo que en la otra esquina vivía un concertista que daba clases de guitarra y aunque todavía no

conocías demasiado bien el barrio aprovechaste la hora de la siesta para escapártele a tu madre y mientras te acercabas a una música celestial que sonaba atrás de una persiana supiste que allí ibas a encontrar al amor de tu vida.

-Hola -sonreíste, después que dejó de sonar la *Cançó del lladre* y te las arreglaste para localizar la puerta de calle y no necesitaste golpear nada más que una sola vez con el bastón para que te abrieran enseguida: -Me dijeron que aquí dan clases de guitarra.

-Sí. Pasá -te ayudó a subir los dos escalones de la entrada sosteniéndote el antebrazo un muchacho que calculaste que mediría por lo menos dos metros. -El guitarrista es mi primo. Yo me llamo Camilo: mucho gusto. Sentate que ya lo voy a buscar.

Y mientras te depositaba en un sillón del living como si fueras una mariposa sentiste que estaba contemplando tus ojos de vidrio y tus perfectos pechos combados sin lástima y sin hambre, porque en el resplandor de la voz había Espíritu Santo.

-Yo me llamo Alondra -contestaste, alisándote el pelo renegrido que te llegaba hasta la cintura. -Y ya sé cantar acompañándome, aunque me encantaría empezar a estudiar música clásica. Conozco un profesor que puede transcribirla al Braille. ¿Vos a qué te dedicás?

-A la orfebrería -explicó el muchacho de facciones vikingas. -Aprendí el oficio en la UTU. Hago joyas por encargo o las vendo en la Feria de Villa Biarritz. Aunque la mayoría de la familia diga que soy un jipi pirado.

Y le ofreciste un rizo de labios digno de una madonna de Rafael y se quedaron callados durante unos hondísimos segundos, hasta que apareció Pablo Regusci con la guitarra en la mano y aclaró divertido:

-Ya escuché toda la conversación. Sí, me encantaría darte clases. Y además tengo un colega que toca con partituras transcritas al Braille. ¿Dónde vivís?

-Nosotras vinimos de Maldonado con mi madre hace dos domingos a vivir en el pasaje de los tamborileros. Al que en el barrio le llaman *el conventillo de los Negros de Artigas*.

-Qué increíble -miró a Camilo el muchacho barbudo y tonsurado por una calvicie precoz, que usaba lentes con mucho aumento. -Yo me vine de San Carlos en el 71 a estudiar con Olga Pierri.

-Es que las casualidades no existen -entró en el living a través de una cortina un hombrón compacto y aindiado que irradiaba una especie de nobleza blindada. -A mí me es imposible creer en Dios, pero sé que la suerte no existe. Porque cada vez que vamos a acampar a la Sierra de las Ánimas *el universo nos ayuda en todo*. Y perdonen la interrupción, pero estábamos tomando mate con Juliette y también los oímos. Ahora voy a tener que aguantarme el rezongo de mi esposa por haberme metido a filosofar.

Y lo que no pudiste captar fue la agresividad y los celos de la mujer de belleza bretona que apenas asomó la cabeza para contemplarte desde el cortinado que separaba el living del comedor diario.

3 / PABLO

A las diez y media pegué dos nudillazos en la chambre 9 y un pelirrojo melenudo me abrió cruzándose los labios con un dedo:

-Adelante -me señaló una puerta semiabierta que había al lado del lavatorio. -La función está por empezar en el cuarto más chico. Vas a tener que sentarte en una cama, porque acá no tenemos sillas.

En la cama de enfrente había otro porteño peludo con cara de morbosos que me saludó levantando un pulgar y después que el colorado apagó la luz del techo empezamos a escuchar el crescendo de un coito que llegaba desde la penumbra del cuartito donde Ernesto y una mujer muy chillona terminaron por aullar unas asquerosidades dignas de *La filosofía en el tocador* que yo había leído en una edición argentina traducida a un perfecto lunfardo rioplatense.

-Bueno, ahora me chupás el culo debute y si sale mierda te la tragás o te encajo un cigarro prendido en la cotorra, yegua calientamachos -gritó de repente el hombrecito, mientras los porteños piolas aguantaban la risa como podían y yo empecé a sudar un horror congelado.

-Puto -roncó con voz de vino lija la mujer. -Vos lo que precisás es que nos enchufemos un consolador de doble verga. Reconocelo. Puto.

Y después se escucharon unos cachetazos y un estertor asfixiado y decidí mandarme mudar, pero el Pelusa abrió del todo la puerta del cuartito y prendió la luz del techo para que me diera cuenta de que Ernesto Julián Álvarez estaba haciendo todo aquello completamente solo.

-Hoy te salió mejor que nunca, macho -aplaudí igual que si gritara un gol el Titi, prendiendo un porro y empezando a servir el vino en tazas. -¿Qué te pareció, yorugua? Debés estar en palo, todavía.

-Pa. Así que era una actuación de verdad -no me pude reír.

-Supongo que vos leíste *El pozo* de Onetti -se me acercó el performer de Trelew vestido nada más que con un slip.

-Sí -acepté una taza de vino aunque rechacé el porro. -Tengo un amigo novelista que vivió en esta pieza el año pasado y es amigo de Onetti.

-¿Pero te acordás o no te acordás de lo que dice Linacero cuando el poeta del pescadito rojo lo juna con la misma lástima con la que me estás junando vos ahora? *Cada uno da lo que tiene. ¿Qué otra cosa podía ofrecerle?* Y yo hace más de una semana que te escucho tocar esa cosa divina escondido en el corredor y de alguna manera te lo quería pagar. Pasame el petardo, Titi -se empezó a lavar los arañazos que le sangraban entre las tetillas Ernesto. -Me parece que no te cayó muy bien.

-Eso no interesa -chisté. -Lo que te puedo asegurar es que hacés verdadero teatro.

-Y te juro que cada vez le sale mejor -abrió otra botella y empezó a tomar por el pico el Pelusa.

-Lástima que mi *teatro* no ayude a vivir a nadie. ¿No es cierto, gentilhomme?

-El arte siempre ayuda -retruqué, con tristeza.

Pablo Regusci te pidió que tocaras algo y cantaste *Gracias a la vida* con una guitarra minúscula festoneada por incrustaciones de nácar y al final le dijiste, erizándote:

-¿Ustedes son parientes del famoso Sabino que tenía una *estrellera* como esta? El padre Rosso me contó la historia cuando era chiquita.

-Sabino Regusci es el más legendario de mis tíos-abuelos -se asombró el discípulo de Olga Pierri. -Y fue el que compró esta joya en un remate de los que se hacían en la aduana de Punta del Este.

-Pa, Este sonido te hace sentir que estás arriba del arco iris.

Entonces Pablo fue a buscar a su primo y a su tío Pacho para contarles el prodigio de aquella sincronía y de golpe te sentiste una especie de mariposa acorralada y cuando se te pasó el pánico les dedicaste una de tus semisonrisas.

-No se puede creer -se le humedecieron los ojazos fluviales al hombrón con perfil de cacique. -Y perdoname el atrevimiento, ¿pero cómo te diste cuenta de que era una *estrellera*?

-Porque el nácar del borde te acaricia el antebrazo con un frío precioso.

-Lo increíble es que puedas imaginarte a las estrellas -arrastró la voz Camilo igual que si ronroneara.

-Es que yo perdí la vista a los ocho años -extendiste la guitarra en dirección al jadeo de Pablo, que acababa de prender compulsivamente un cigarrillo agrio como los que fumaban el Pelé y el Garrincha en el conventillo. -Me vino un cáncer y me tuvieron que poner ojos de vidrio, aunque nunca me olvidé de los colores. Me da mucho trabajo pero los sigo viendo.

Y después de un larguísimo silencio apenas perforado por las respiraciones y los pájaros que se entrecruzaban en el gran plátano de la vereda te animaste a explicar:

-Cuando me quedé ciega inventé una oración que dice: *Jesús yo ya no sé quién soy pero sé que tú sos el Padrenuestro. Ayúdame a ser buena y feliz y no me dejes olvidarme de los colores del mundo. Amén.* Para mí vivir rezando eso a toda hora es tan importante como respirar.

Y al escuchar el burbujeo de los mocos llorosos que se tuvo que aplastar el tío Pacho le dijiste a Pablo:

-¿Qué día podemos empezar las clases?

Y después que arreglaron la fecha y la hora y el precio agarraste el bastón y cuando Camilo te preguntó si podía acompañarte hasta tu casa te acomodaste el pelo entreazulado por el atardecer explicándole:

-Bueno, te lo agradezco. Aunque algunas veredas de este barrio ya me las conozco de memoria. ¿El cielo debe estar rojo, no? Porque los horneros y los mirlos cantan mucho más lindo cuando atardece así. Eso lo aprendí un invierno que vivimos en Pinares cuidándoles la mansión a unos porteños.

Y el muchacho te tocó apenas la cintura para guiarte hasta el conventillo y terminaste de saber que acababas de encontrar el amor de tu vida.

5 / PABLO

La noche de la performance me quedé tomando vino hasta las dos de la mañana con los porteños piolas y el juglar psicópata de Trelew, y al otro día llegué bastante tarde al ensayo y de golpe me empapó una angustia tan helada que le pedí a la pianista que paráramos en la *Danza de las Hachas* porque me iba a quedar trancado en la última escala del *Canario*.

-Pero si eso ya lo domina completamente -se acomodó la pañoleta rusa Verónica Del Prado, que nunca quiso tutearme aunque me llevaba casi cincuenta años. -¿Tuvo noticias de Lys?

-No -me cebé un mate sabiendo que era imposible disimular la resaca espiritual. -Es que anoche nos tomamos tres botellas de rouge con unos argentinos que están parando en el Stella y no me siento digno de tocar esta obra como se lo merece mi tío Pacho.

-¿Quiere que le haga un té? El mate es irritante.

Entonces estuve a punto de contarle lo que me había pasado con la performance erótica pero apenas expliqué:

-No es un problema estomacal, Madame. Son ganas de morirme.

Y saqué los Gauloise pero ella agarró el bastón y me lo apoyó en la rodilla con más indignación que piedad:

-Usted fuma el primer cigarrillo del día recién cuando termina de almorzar. ¿Qué está buscando? ¿Desesperarse del todo?

-Lo único que quisiera en este momento es tener la guitarra de mis tíos abuelos, Madame. Precisaría *acariciar* las estrellas de nácar.

Verónica se quedó un momento contemplando la ventana que daba al patio interior del apartamento de la Avenue de Quiou donde seguía viviendo sola después de su tercer divorcio y mientras rengueaba hacia la cocina no me animé a prender el Gauloise y me acordé de la novia que abandoné antes de Navidad, cuando ya habíamos fijado la fecha del casamiento.

-Pobrecita, carajo -murmuré inaudiblemente la única frase de *Rayuela* que me dolió de veras.

Y cuando la pianista de setenta años volvió sosteniendo una bandeja con la mano que le quedaba libre no me levanté a ayudarla porque me lo tenía terminantemente prohibido, aunque recogí la taza que olía a jazzmín suspirando:

-Esto es nácar, también.

-Pero el nácar que usted necesita es el del amor más hermoso del mundo -estampó una huella labial bermellón en su taza la mujer ya muy arrugada que nunca iba a dejar de resplandecer con una turbadora belleza juvenil. -¿No fue usted el que me dijo que a Lys la eligió para tener una *buena esposa* como quien compra una guitarra?

No quise contestarle que ahora también estaba pensando en la muchacha ciega con la que terminó por irse a vivir Camilo al *conventillo de los Negros de Artigas*.

-Mañana llega su primo y lo tiene que recibir con el *corazón levantado* -me robó un cigarrillo Verónica y se puso a contemplar la plata invernal de la ventana.

6 / ALONDRA

Camilo te despidió al llegar al medio tanque donde en muy poco rato los tamborileros empezaban a preparar el asado y los chorizos y avanzaste entre el atardecer carmesí que se refractaba en el corredor cantando mentalmente el *Gracias a la vida* y cuando Dalma te abrazó como si te estuviera recuperando después de un secuestro contándote que el Pelé y el Garrincha te habían buscado por todo el barrio y ya estaban a punto de llamar a la policía sonreíste con altivez:

-Ya cumplí dieciocho, mamá. Empiezo las clases de guitarra el sábado que viene con el concertista que vive en la esquina y es sobrino nieto de Natacha Regusci Tomillo, la famosa profesora de Punta del Este. Me va a cobrar muy poco.

Y después que cenaron un guiso recalentado te encerraste a escuchar la radio en la cucheta y te acordaste del día de tu primera comunión, cuando te levantaste al amanecer con los ojos llenos de pus a pedirle a la Virgen del Carmen que no tuvieran que operarte y de golpe escuchaste los pasos desnudos de tu madre por el porlan: llevaba tu túnica almidonada y las medias y los championes blancos que acababa de comprarte y enseguida de ponerlas arriba de una silla se hincó frente a la estampita y preguntó “Pacho. Dónde estarás, mi amor”, mientras le caían dos brillos por la cara.

Al rato Dalma vino a acostarse y te besó el pelo antes de subir a su cucheta respirando con demasiada humedad y protestaste:

-No me digas que seguiste llorando porque me escapé sola a recorrer la cuadra. ¿Me sentís tan inútil?

-Es que me contaron que volviste de la casa del concertista muy bien acompañada. Dicen los muchachos que ese rubio gigante tiene enloquecidas a todas las chiquilinas y las mujeres del barrio.

-Sí. Y el padre es uno de los hombres más dulces que conocí en mi vida. ¿No te suena el nombre Pacho, mamá? La mayoría de los Regusci nacieron en San Carlos.

Entonces estuvieron mucho rato escuchando el barullo que llegaba del medio tanque donde funcionaba la mejor parrilla callejera de Palermo y al final ella suspiró igual que si estuviera en un confesionario:

-Pacho fue mi primer novio, Alondra. Hicimos el liceo juntos. Jamás pensé que podría volver a cruzarme con él y tengo la esperanza de que cuando me vea por la calle ni siquiera me reconozca. ¿Es feliz?

-Creo que sí.

-En Maldonado decían que se casó con una francesa muy linda que debe ser la madre de ese muchacho que te acompañó.

-¿Y ustedes se quisieron de verdad?

-Fue un amor de gurises. Pero nunca me volvió a pasar nada igual en la vida. Después él tuvo que venirse a Montevideo para estudiar en la UTU y yo conocí a tu padre.

-¿Y a Pacho le gustaba el candombe tanto como a vos?

-Sí. Y le gustaba tanto que una vez me pidió que me pusiera a bailar desnuda arriba de la almohada. Y yo creo que jamás volví a ser tan feliz.

Cuando volví del desastroso ensayo trunco me encontré al perfomer de Trelew en el vestíbulo y no tuve más remedio que invitarlo a pasar a mi pieza, porque él había confundido el día y la hora de llegada de mi primo y me estaba esperando con su lujosa Pentax para registrar el abrazo del reencuentro en Orly.

-El Titi y el Pelusa se mueren por escucharte -le resplandeció bondadosamente la admiración a Ernesto Julián Álvarez, que estaba recorriendo Europa financiado por los giros de su padre el terrateniente. -La verdad es que cuando tocás me hacés volver a sentir que la vida no es tan espantosa, yorugua.

-Favor que usted me hace -metí la guitarra en el ropero y me tiré a envenenarme con el sexto Gauloise del día. -Hoy toqué como el culo y le pedí a la pianista para suspender antes de que empezara el último movimiento porque iba a ser un desastre, aquello.

-¿Es la parte que tiene las escalas diabólicas?

-Sí, pero el que me sentía diabólico era yo. Anoche tomé demasiado. Y grabar en Polydor es como debutar en un mundial. Si no te concentrás marchaste.

-¿Y cómo vas a poder concentrarte cuando llegue tu primo? -se acomodó el pelo para disimular el avance de la calva frontal el hombrecito que a cada momento me parecía más inteligente. ¿Va a quedarse mucho tiempo?

-Un mes. La madre le regaló un charter porque cuando murió mi tío Pacho la casa se había vuelto el infierno tan temido y mi primo tuvo que mandarse mudar a un conventillo.

-Yo no conocí ninguna *familia feliz* que no terminara volviéndose una cloaca disimulada, loco.

-Pero esto fue muchísimo peor. Y es largo de contar. Yo viví con ellos dos años cuando me vine a Montevideo para preparar el concurso anual de Radio France y desde que mi primo se enganchó con una guitarrista ciega que estudiaba conmigo a mi tía le falta nada más que lavarse la sangre invisible de las manos para ser Lady Macbeth.

Ernesto sacudió la cabeza con una resignación protocolar, me pidió permiso para sacar la guitarra del ropero y cuando la destapó se quedó agachado contemplando el resplandor del pino abeto y de golpe murmuró:

-Yo sé que no son cosas mías, pero capaz que Lady Macbeth le pagó el charter a tu primo para que mandara a la mierda a la cieguita.

-Pero eso no se puede planear con tanta facilidad -aplasté el Gauloise, molesto.

-Mi madre era como tu tía -empezó a rozar suavemente la tapa de la Fleta el hombre-muchacho con los ojos muy turbios. -Y esa clase de tarántulas van tejiendo todo sin que nadie se dé cuenta. A mí fue mi viejo el que me propuso que viniera a joder unos meses a Europa a ver si me dejaba de hacer méritos para que me torturaran los gorilas. Pero la idea fue de ella. Menos mal que después se suicidó.

-Lo que yo te aseguro es que a esta pareja no la va a poder separar ni el mismísimo diablo -me froté desafiadamente la cabeza.

El performer de Trelew me miró de reojo con más burla que lástima, pero no dijo nada.

8 / ALONDRA

Dalma te hizo jurar que nunca ibas a contarle a nadie lo del romance con Pacho y le dijiste que podías ser chismosa pero no buchona, y esa noche soñaste que la mano de Dios te iba rozando la cintura a lo largo de las galaxias.

-¿Así que te diste el lujo de que te escoltara el pendejo más jugoso de la cuadra, guría? -te acorraló esa noche la legendaria y ya elefantiásica primera vedette del carnaval uruguayo Luz Adrogué, sirviéndose vino de una damajuana. -Yo a ese gringo sería capaz de chupármelo huesito por huesito.

-¿Y no viste los pantalones ajustados que usa la madre cuando va a la feria? -le comentó el Pelé en secreto al Garrincha mientras daba vuelta los chorizos. -Esa culona está a punto de caramelo.

-¿Hace mucho que los Regusci viven en el barrio? -se animó a investigar Dalma, refugiada en la penumbra del corredor.

-No. Alquilan recién a fin de año -mojó el pan en el chimichurri la mujer que todavía levantaba amantes de cualquier edad en el Mercado del Puerto y que desde que fue reina en las primeras Llamadas se había ganado el apodo popular de La Negra Jefa. -El padre del gringuito guardián de Alondra es un morochón de rechupete y dicen que hace mantenimiento a domicilio: electricidad, carpintería, pintura, lo que le pidas. Bueno, supongo que dependerá de lo que le pidas. ¿Comprendiste?

-Yo lo conozco -le interrumpió la carcajada cabaretera el Garrincha. -El otro día me compró medio quilo de pulpón y me dijo que tenía mejor pinta que el que él preparaba en los campamentos.

Y el sábado tomaste la primera clase con Pablo Regusci y supiste que el ex-novio de tu madre se había dedicado toda la vida a acampar los fines de semana en la Sierra de las Ánimas o el Arequita o el Penitente con un fervor misionero que purificaba infaliblemente a los peregrinos de cualquier edad que él escogía sin pensar demasiado entre la familia o los amigos o la clientela y que nadie se olvidaba nunca más de aquellos viajes a la *visión mágica*.

-Tío Pacho lo llama así al *misterio virgen de la naturaleza* -te explicó el guitarrista, que pareció darse cuenta enseguida que aquello podía herirte.

-¿Y un ciego puede ir a esos campamentos? -le ofreciste al muchacho tu clásico rizo de labios con el que empezaste a enamorar a medio mundo después que te operaron. -El padre Rosso me explicó que la gente que no aprende a ver con los ojos del alma nunca termina por conocerse a sí misma.

Y en ese momento escuchaste los pasos de Camilo y empezaste a rezar mentalmente hasta que el muchacho ronroneó:

-¿Terminaron? Los pájaros están enloquecidos porque hay un atardecer más lindo que el del otro día.

Entonces te paraste acomodándote el pelo para que te cayera sobre los pezones combados y después de enfundar la guitarra preguntaste:

-Me acompañás.

9 / PABLO

Al final Ernesto se animó a alcanzarme la Fleta disimulando una sed de belleza tan lastimosa que toqué con ganas la *Cançó del lladre* y lamentablemente el Pelusa y el Titi la escucharon desde el corredor y se metieron a prepo, hasta que terminamos cantando a coro una versión libre de *Tomara* inventada para descontracturar los bises de los conciertos muy almidonados.

-La concha de Dios -me palmeó una rodilla el pelirrojo. -Me imagino que después de escuchar esta bossa a las minitas se les debe caer la bombacha.

-No les des bola -trató de ridiculizarlo rápidamente Ernesto. -Son carniceros porteños, ¿viste? Si no organizan un par de orgías por fin de semana les viene el síndrome de abstinencia. ¿Sabés cuál fue la primera cosa que me preguntaron cuando bajamos del tren? *Che: ¿dónde están las minas?*

-Pero eso fue porque vos ya conocías la ciudad, boludo -se hizo el indignado el Pelusa. - ¿O no me vas a reconocer que el que viene a París lo primero que hace es salir a buscar minas? Y no te hagás el inocente, tampoco. Acordate de la foto que nos mostraste encamado con dos negras.

Ernesto me hizo una guiñada de veterano canchero y volvió a poner la guitarra en el estuche:

-Es que estos porteños piolas se piensan que acá las mujeres se levantan con un piropo y lo único que saben decir es Merci. Y al final terminan adobándose la calentura con las performances de un cabecita negra de Trelew.

-Pero si la *ciudad luz* es un bajón organizado nada más que para el turismo, macho -se puso a armar un porro el Titi. -Que se lo vendan a los japoneses que vienen en excursiones a los sex-shops, pero nosotros no somos tan giles. Hoy fuimos a la calle del Moulin Rouge y nos metimos en una carpa donde unas gordas forras hacen strip-tease muertas de frío y

te daban ganas de vomitar. Y todavía te cobran. ¿Adónde lo pensás llevar a tu primo, yorugua?

-El primo tiene novia y además está haciendo un duelo -compuso una máscara perfectamente noble Ernesto y me agarré la cara pensando por qué carajo me tuvo que tocar meterme en aquel circo.

-Pa. Perdoná, valor -me volvió a palmear una rodilla el porteño. -No sabía lo del duelo. ¿Quién se murió?

-Mi tío Pacho. Y no se murió. *Se fue.*

-No entiendo.

-Yo tampoco -me acordé de Juliette y pensé que los crímenes de las películas policiales eran historietas de Blancanieves al lado de las manipulaciones de nuestra Lady Macbeth.

-¿Y si cambiamos de tema y nos vamos a comer unas côtes de boeuf con mostaza a *Le bateau ivre*? -se frotó las manos Ernesto, que evidentemente sabía muy bien que hay gente que se muere cuando quiere.

-Bueno -volví a desbarrancarme en la tentación etílica, tratando de no pensar en cómo me hubiera mirado el *gentilhombre* de la Sierra de las Ánimas.

10 / ALONDRA

Cuando llegó la primavera ya tocabas la Romanza de Rubira completa y una tarde fuiste a buscar partituras a la casa de los Regusci y te atendió Juliette, que exhalaba un aliento a grappa que nunca le habías sentido.

-Hola, Alondra -se alegró la mujer parecida a Catherine Deneuve mientras le sonreía a un hombre pelado, petiso y gordo que fumaba frente a un vaso con hielo y se disparaba el

inhalador antiasmático como si fuera una metralleta. -Bueno, aquí tenés a la alumna prodigio de Pablo. Justo estábamos hablando de vos. Él es mi hermano Gato.

-Chogusto, Mademoiselle. Me llamo Charles Jenot. ¿Sabe que yo escuché hablar de usted durante años, cuando era Inspector del Servicio Oceanográfico y viajaba a la Isla de Lobos en la época de la zafra? ¿Su padre vive?

-Sí. Siguen trabajando con mi hermano en la isla y en el Polonio -te agarraste con las dos manos al bastón y cuando te diste cuenta de que el hombre te estaba mirando babosamente los pechos empezaste a rezar.

-Servime otra, Juliette -volvió a incrustarse el Ventolin entre los dientes marrones el tío Gato. -Aunque con menos hielo. ¿Vos sabías que esta criatura se transformó en una leyenda porque llevaba flores a escondidas a un cementerio de tres cruces que hay en la isla? Dicen que el que empezó a hacer eso fue un famoso farero sueco que murió al empezar la Segunda Guerra: Jonás Erik Jönson.

Y al escuchar fluir el chorrito de grappa y el tintineo del hielo que llenaron el vaso del hombre exasperantemente disneico te diste cuenta de que la mujer había vuelto a tomar un trago largo en la cocina porque la oliste desde lejos cuando te preguntó:

-Y por qué tenías que llevar las flores a escondidas.

-Puede haber dos explicaciones -se aclaró el flemerío Charles Jenot, -La que te daría mi idealista cuñado Pacho es que la verdadera piedad se ofrece desde el anonimato. Y la que te daría cualquier persona no demasiado delirante sería que llevarle flores a tres cadáveres que ni siquiera sabés quiénes son te puede hacer caer en un ridículo quijotesco. Perdóneme, Mademoiselle. A usted la comprendo porque era una niña y habrá pensado que el sueco Jonás era una especie de *santo loco* o algo así.

-A mí me lo mandaba hacer Dios cuando me ponía triste -te escuchaste explicar sin enojo ni miedo, aunque con perentoriedad. -Vengo a buscar unas partituras que me dejó Pablo, señora Juliette. Dijo que iba a ponerlas arriba del estuche de la *estrellera*.

Entonces el hombre obeso se puso a toser interminablemente y después de descargarse otro tableteo de inhalaciones te preguntó:

-Y me podrías explicar cómo te dabas cuenta de que aquello te lo mandaba a hacer Dios, criatura.

-Eso yo se lo escuchaba decir al viento cuando los lobos se ponían a aullar porque venía tormenta -sacaste el brazo izquierdo del bastón para cubrirte el pecho.

-¿No parece que este bombón viviera en otro planeta lleno de gente buena? -observó húmedamente el tío Gato a su hermana, que fue a buscar las partituras tambaleándose un poco y al volver te contempló durante un momento como si fueras su hija.

11 / PABLO

Yo había conocido *Le Bateau Ivre* cuando viajé por primera vez a París contratado por la ORTF y la primera noche que fui a escuchar a Abel Rosso mi amigo me advirtió que el *rouge* que le vendían a los turistas en jarras de barro era un rasposo menjunje de botella de plástico, pero no pude dejar de emborracharme incontrolablemente junto con los porteños carniceros y el performer de Trelew.

-Hoy la resaca no es solamente espiritual, Madame -le advertí a mi sufrida pianista apenas pisé el apartamento de Vincennes. -Anoche anduve de farra en el restaurant donde pasaba el plato el poeta uruguayo que vivió en el Stella y ahora me siento muerto en carne y alma. Prefiero no ensayar.

-Dios mío. Y justo el día que llega su primo -sacudió el moño y los bucles rubio-cenicientos Verónica del Prado. -¿Me acepta un té de jazmín, querido?

-Cómo no -sentí que la palabra *querido* me peinaba la angustia casi eróticamente.

Y al volver de la cocina con la bandeja se sentó en el taburete del piano dándole la espalda al teclado y me ofreció una giocondesca sonrisa bermellón:

-Me parece que llegó la hora de contarle que cuando me atacó la poliomielitis yo tenía cuatro años y desde mi cuarto escuché al médico diciéndole a mis padres que le parecía imposible que resistiera la enfermedad. Estuve meses agonizando, y el día que pude empezar a caminar sentí que esta pierna lisiada era un regalo del cielo. Nosotros vivíamos

en la calle Tabaré, a dos cuadras de la rambla, y un día supe que los muchachos del barrio esperaban escondidos a que bajara a la playa usando una salidita transparente arriba del bikini como si estuvieran viendo pasar a Marilyn Monroe o a Brigitte Bardot con un bastón. Y entonces entendí que todo el mundo está rengo por dentro y en el momento de ver a un valiente quedan maravillados.

-Es verdad -se me alivió un poco el estómago y pensé en la mirada de Alondra, que cuando estaba feliz resplandecía como un vitral.

-Lo que no entiendo es que se sienta tan culpable por haber abandonado a Lys. Esa muchacha no lo hubiera soportado jamás. A mí me pasó lo mismo con tres maridos y no pienso reincidir. Usted se salvó a tiempo y supo ser cruel, querido. Y también la salvó a ella de engancharse con un príncipe azul que era incapaz de matarle el dragón.

-¿Y cuál sería el dragón de Lys?

-El dragón de Lys es la *cultura enferma* que heredó de esos padres que ahora están exiliados y cayeron en la barbarie de ponerle de nombre *Libertad Y Socialismo*. Esa clase de gente está incapacitada para comprender la intangibilidad del arte. Y del Espíritu.

-Pero a ella le encantaba escucharme tocar.

-No -me apoyó el bastón en la rodilla la arrugadísima mujer-muchacha. -Fingía. Me di cuenta a los cinco minutos que me visitaron: ella *no amaba su arte*. Y usted tendría que sentirse orgulloso de haber sido valiente y defendido su *corazón lisiado por perseguir a Dios*. Piense en su primo y en *el amor más hermoso del mundo* que lo llevó a adorar a una muchacha ciega.

-Y *parda*, según mi tía -eructé muy asqueado.

12 / ALONDRA

A fines de setiembre Pablo preparó de apuro *Fantasía para un gentilhomme* y se presentó a un concurso organizado por Juventudes Musicales, aunque la noche anterior no pudo domar las últimas escalas del *Canario* y terminó agarrando todo el cuarto a patadas.

-Yo estoy contenta de que se haya animado a presentarse porque eso lo obligó a estudiar de verdad -alcanzaste a escuchar el comentario que le hizo en secreto Olga Pierri a Pacho mientras se acomodaban en la platea del Millington Drake. -Pero no tiene chance. Va a competir con pianistas y violinistas que tocan conciertos difícilísimos de Beethoven y Mozart. Aunque le viene bien. Ahora tiene que foguearse mucho si quiere ganar el Premio de Radio France. A mí lo que me importa es eso.

Juliette no pudo ir porque era nurse de la Asociación Española y tenía doble turno, y cuando Camilo te rozó una mano para avisarte que Pablo acababa de entrar a escena sentiste una erizante necesidad de tocarle cada centímetro de la cara al gigante que te acompañaba todas las semanas al salir de la clase de guitarra y empezaste a rezar y la *Fantasia para un Gentilhombre* te fue recordando la gradación de los atardeceres posados sobre la Punta Ballena hasta que Pablo patinó en la penúltima escala del *Canario* y la voz de un jurado le ordenó *Suficiente* y de golpe se agarraron una mano con Camilo y él te obligó a salir y te fue guiando a los saltos por la escalera y pediste:

-No tan rápido.

-Es que quiero ver una película francesa que se llama *La felicidad* y empieza a las seis. Dicen que la música de fondo es el quinteto de Mozart para clarinete que escuchamos la semana pasada con Jerónimo Rabí. ¿Vos ves la televisión en tu casa, verdad?

-Sí. Mamá me va contando algunas cosas y lo demás me lo imagino. La última película que vi en mi vida fue *Don Quijote* con los chiquilines de la escuela y en la escena de la venta sentí tanta lástima que me escapé llorando a casa. Todo el mundo se reía cuando reventaban al loco a pedradas, pero a mí se me llenaron los ojos de pus.

Y mientras hacían cola en el Trocadero escuchabas los comentarios murmurados con muy poco disimulo por la gente que jamás había visto a un ciego entrando al cine pero no te importó porque ahora tenían las manos agarradas como novios y después que se sentaron en el fondo de la larguísima sala te animaste a acariciarle todo el rostro al muchacho y a dejarlo enseñarte a besar con la lengua hasta que te agarró los pechos por abajo del soutien y el quinteto de Mozart parecía derramar desde el cielo.

-Ahora vas a tener que venir a ver la película de nuevo -te reíste cuando salieron abrazados para ir a comer panchos a *La Pasiva*.

-Quién sabe -pidió dos chopps Camilo. -Porque de lo único que me di cuenta es que el personaje principal anda con dos mujeres al mismo tiempo hasta que una se ahoga y hay un bajón terrible. Claro que yo vichaba de vez en cuando pero sin leer los subtítulos, así que no entendí mucho. Tiene unos colores preciosos, pero no sé si la vería de nuevo.

-¿Y por qué se llamará *La felicidad*?

-No sé. Pero mi padre y Salomón Rabí siempre dicen que después de tomar la Bastilla los franceses terminaron guillotiniéndose hasta los corazones.

13 / PABLO

-Vas a tener que hacer malabarismos para sacar una buena foto del abrazo del reencuentro -le advertí a Ernesto cuando nos sentamos en el ómnibus que iba hasta Orly. -Mirá que el francés me lleva exactamente cuarenta centímetros.

-¿Y por qué le decís el *francés*?

-Bueno, los que emigraron de Francia cuando eran chicos fueron Juliette y el tío Gato después que los nazis les fusilaron al padre en una aldea de las afueras de Lyon. Pacho los conoció en la Barra de Maldonado, donde ellos veraneaban con la madre.

-Quiere decir que Lady Macbeth tuvo una infancia más espantosa que la de muchísima gente -me miró por primera vez con amistad el hombrecito que se agachaba en el Stella a oler mi Fleta como si fuera una flor de otro mundo.

-Sí. Y cuando Dios le mandó a mi tío ya era tarde, aunque parecían una pareja perfecta.

Ernesto se puso a chupar un escarbadientes y de golpe eructó:

-A mi viejo le encantaba un versito que había aprendido en la escuela de curas y cada vez que alguien nombraba a Dios decía: *Me cago en los eventuales / y por si alguno se escapa / lo cago y lo meo al Papa / y a todos los cardenales.*

-Te aviso que yo no soy católico -me reí sin ganas. -Y Pacho ni siquiera podía creer en Dios, aunque era un hombre santo. Pero la madre fue la primera diputada comunista que hubo en el Uruguay y ni siquiera lo dejaba ponerse escarapelas en las fiestas de la escuela porque decía que la única patria de los tavarich era la que lideraba el gran Pepe Stalin.

-¿Y vos pensás que hay mucha diferencia entre creer en Stalin y creer en Dios?

-Bueno -no tuve más remedio que aceptarle un superlong. -De lo que estoy seguro es de que Stalin se creía Dios, lo mismo que Hitler o Robespierre o Luis XIV o tantos otros.

-O cualquiera de nosotros, si nos hicieran el caldo gordo. Acordate de Linacero, pibe: *Esta es la noche; quien no pudo sentirle así, no la conoce. Todo en la vida es mierda y ahora estamos ciegos en la noche, atentos y sin comprender.*

-¿Y si todo te parece una mierda por qué te emociona tanto la *Fantasia para un gentleman*?

-Porque me gustaría que la vida fuera así.

-Mi tío Gato pensaba lo mismo. Era un solterón obeso y asmático que se suicidó la Tardebuena pasada vaciándose tres inhaladores en el baño. Aunque era inteligentísimo. Con mi viejo tenían unas agarradas de novela.

Y nos quedamos callados hasta llegar a Orly y yo seguía sin entender por qué me había tocado encontrarme con aquel tipo que inexplicablemente no me terminaba de caer mal del todo.

-Lo que no entiendo es por qué no me dijiste que mi performance casi te hace vomitar -escupió el escarbadiantes mientras bajábamos del ómnibus Ernesto Julián Álvarez. -¿Te creés que no me di cuenta?

-Porque yo pienso que lo que hacés es verdadero teatro.

Entonces al psicópata de Trelew lo volvió a iluminar un chispazo de amistad y me palmeó la espalda.

14 / ALONDRA

Después que volvieron del cine cualquiera se daba cuenta de que ya eran novios y Juliette tuvo que aceptar lo que misteriosamente había adivinado desde el primer día, cuando te contempló asomando un rostro viperino por el cortinado del comedor diario. Y justo mientras Pablo estaba dándote la clase del viernes llegó el tío Gato a jugar al ajedrez y a tomar unas grappas con Pacho, y apenas salió el tema de la película *La felicidad* se trenzaron como lo hacían en todas las partidas a propósito de cualquier cosa aunque esta vez terminaron gritándose y Camilo vino a hacerle una seña alarmada a Pablo y suspendieron la clase para acercarse a los hombres enfervorizados que parecían estar discutiendo sobre el futuro de la humanidad.

-Lo que pasa es que al personaje de la película lo único que le importa es *su* felicidad -levantó un índice machacón el padre de Camilo. Porque no cree en más nada.

-Y vos en qué creés -carraspeó chillonamente el hombre obeso y de calva muy mojada.
-Parece que estuvieras defendiendo un mandamiento. Como siempre, cuñado.

-El único mandamiento que siempre les importó a todas las culturas del mundo hasta que llegó la guillotina es que *los demás viven y tenemos que ayudarlos a vivir* -levantó la dama blanca Pacho. -Eso se lo mandó decir Sabino Regusci a Lucas Rosso en el 900 cuando ya habían perdido a los mellizos y Carolina se agarró la tuberculosis. Y al final de la carta escrita en un papel de envolver de la verdulería agregó la cosa más hermosa que yo leí jamás: *Todos saben que ya soy invencible pero a veces cuando atravieso de madrugada la cortina y oigo toser a mi mujer tiemblo en el pozo negro y entonces pienso otros podrán podrán y al volver de la calle agarro la guitarra y hago cantar a Carolina y bailar a Natacha y pinto escribo poemas lo único que me importa es ser hermoso pero para los otros purísimo sagrado y cuando toco un alma me parece que escribo la historia de Dios y en la hora más espantosa de la muerte me acurruco a lamer a Carolina y rezo poco pero sueño mucho nunca lo busco a Dios pero lo encuentro.* Jaque, cuñado.

-Pero no me vas a negar que a cualquiera puede crecerle un manzano tentador afuera del huerto -se defendió con un enroque largo Charles Jenot. -Y el carpintero de *La felicidad* se engancha con una preciosa rubia que está sola y en el fondo no engaña a ninguna de las dos mujeres. Al contrario: les propone vivir compartiéndolas con una franqueza total.

-Pero no jodas, Gato -se paró con los ojos fluviales muy ahuevados Aparicio Regusci. - El carpintero de la película tiene un egoísmo tan infantil que después que le cuenta todo a la esposa y le hace el amor en el bosque como si estuviera festejando la legalidad de su harén se duerme una siestita lo más pancho y cuando ella aparece ahogada ni siquiera se da cuenta de que se suicidó, Se la imagina pidiendo auxilio en el lago y chau. Porque ese tipo es una especie de marciano. Aunque en realidad los franceses que creen en la libertad de mierda predicada por Sartre son más extraterrestres que un marciano.

-Bueno, si empezamos con la xenofobia yo me voy -volteó el rey el tío Gato haciéndole una guiñada a Juliette. -Te felicito por tener un marido *purísimo y sagrado*.

Y Camilo te pasó el brazo para llevarte hasta la calle y mientras caminaban hasta el resplandor del medio tanque le sentiste un miedo horrible al odio de Juliette.

15 / PABLO

El arribo de Camilo desde Copenhague estaba anunciado para las 17 pero dos horas después seguíamos esperando y de golpe resoplé:

-Acá está pasando algo muy extraño, loco.

-Pero estas cosas pasan a cada rato -volvió a contemplar el tablero de llegadas y partidas Ernesto. -La joda es cuánto tiempo más vas a tener que quedarte plantado. Capaz que en alguna escala hubo un cambio de compañía aérea y el pibe ya llegó y te está esperando a vos en el hotel.

-Puede ser. Menos mal que le di la dirección.

-¿Y quién te dice que no se haya encontrado con el Pelusa y con el Titi y ahora estén dando unas vueltas por el barrio? ¿Por qué no llamás por teléfono al Stella?

-No. Vámonos de una vez -sentí que la necesidad de abrazarme con mi primo-hermano era tan fuerte como la de poder grabar una versión de *Fantasía para un gentilhombre* que estuviera a la altura de la estirpe fundada por Sabino Regusci.

-Disculpame, pero me parece que este desencuentro accidental no da para ponerse así - me midió alarmadamente la depresión Ernesto después que subimos al ómnibus. -La foto igual voy a sacárselas ahora cuando volvamos.

-Es que en este momento me siento un ángel del miedo en el infierno de Adán.

Eso hizo que pudiéramos reírnos con ganas y mientras atravesábamos las hileras de focos violáceos que perforaban la neblina de la banlieue fantasmagóricamente tuve necesidad de contarle:

-Mis tíos perdieron una nena de nueve meses antes de que naciera Camilo. Y lo más terrible es que se llamaba igual que la novia ciega y mulata de mi primo: Alondra.

-Pa. Entonces Lady Macbeth tiene un motivo especial para odiarla. Les debe haber hecho la vida imposible.

-Ya te dije que mi tío no se murió: *se fue*. Porque a Juliette se le metió en la cabeza que a Camilo lo habían *engualichado* y consultaba a curanderos para que le conjuraran la *magia negra macumbera*.

-Es rarísimo que una gringa crea tanto en esas brujerías. Aunque *gualicho* es el nombre científico que le pusieron al último dinosaurio que vivió en la Patagonia hace noventa millones de años pero también quiere decir *diablo*. Y mirando las gárgolas de Notre Dame te das cuenta que acá siempre se supo tanto de los dragones como de los santos.

-Lo que te puedo asegurar es que la Catherine Deneuve del barrio Palermo nos enloqueció a todos. Y cuando iba en secreto al curandero le pedía a Pacho que la acompañara. Hasta que Camilo se enteró y a veces siento que le va a ser muy difícil perdonarle esa complicidad a mi tío, que siempre adoró a Alondra pero no tuvo más remedio que seguirle la corriente a la Lady. Porque jamás la pudo dejar de querer.

-Pero tu primito bien que le acepta a la mamita que le pague un charter para venir a distraerse a París. Linda cloaca tu familia -se clavó un escarbadiantes y un Gauloise al mismo tiempo en una mueca asqueada Ernesto.

No supe qué contestarle.

16 / ALONDRA

Y el domingo de tarde Luz Adrogué les preparó primorosamente su dormitorio para que se *casaran* y primero fuiste al baño y saliste sin el bastón y con toda la ropa en los brazos y cuando Camilo te ayudó a acomodarla y oíste los pasos frotando las baldosas te diste cuenta que él también estaba completamente desnudo y se quedaron abrazados un momento en la cama que olía a jazmines y ordenaste:

-Vení.

En los últimos días ya se habían acariciado mucho pero ahora no hubo ningún tipo de jugueteo previo y en la mitad de la penetración no pudiste retener un chillido y el muchacho se frenó y te preguntó si querías que siguiera y jadeaste:

-Vení.

Y después que te sentiste atravesada por una especie de suavísimo arpón te mordiste los labios y murmuraste:

-Rápido.

Entonces los sacudones de la eyaculación te fueron empapando tibiamente el dolor y cuando el cuerpo gigantesco del muchacho se desenganchó y cayó sobre la almohada sin dejar de acariciarte el pelo sonreíste:

-Debo haber sangrado un poco. Pero ahora siento que soy una luna llena.

Y se quedaron un rato sin hablar mientras se les sosegaban las respiraciones y al rato empezó a sonar la cuerda de tambores que salía los domingos desde el medio tanque y cuando Camilo te volvió a perforar agarrándote los pechos te acordaste de las constelaciones multiplicadas fluorescentemente sobre la Isla Gorriti y hamacaste las caderas hasta que pudieron sincronizar los orgasmos y le tanteaste la cara pedacito por pedacito al muchacho murmurando:

-Hola, Dios.

Luz Adrogué les había dejado una bandeja de sandwiches y masas, un Johnnie Walker y Coca Cola para que festejaran y después del primer cóctel te vinieron unas incontenibles ganas de bailar al ritmo de *Los negros de Artigas* que ya se alejaban hacia la rambla y terminaste candombeando desnuda sobre la almohada sin darte cuenta de que estabas haciendo lo mismo que le había pedido el padre de Camilo a tu madre en San Carlos.

-¿Vos me creés si yo te digo que sos la hembra más divina que tuve y voy a tener en toda mi vida? -se preparó otro whiskola el galán que era famoso porque las muchachas se sentaban a vigilarlo desde los zaguanes como perras y él prefería a las cuarentonas divorciadas o casadas que lo iban a ver jugar de golero en las canchas de la rambla.

-Alcanzame un sanguchito y el vaso -te sentaste sobre la funda perfumada pensando que era una pena haberle manchado la mejor sábana a Luz Adrogué. -Yo lo único que te quiero aclarar es que por lo menos fui la única hembra que no te eligió por la pinta. Y con eso me alcanza.

-Es que vos me ves de veras.

-Sí. Y también sé que cuidar la belleza de adentro es lo más difícil del mundo porque hay mucha maldad. Yo me quedé sin ojos. ¿No me echás otro polvo, corazón?

17 / PABLO

En el hotel nos esperaba el diminuto conserje mauriciano para explicarnos eufóricamente y con palabras muy torpes que el *u-ju-gua-cho* había salido a pasear por el quartier y subimos enseguida por la Monsieur-le-Prince para doblar a la izquierda en la Vaugirard y apenas desembocamos en la place de la Sorbonne vi la cabeza de oro de mi primo-

hermano flanqueado por el Pelusa y el Titi justo frente a *l'Escholier*, que era el café que siempre le nombraba en las cartas.

-Pensé que vos también me habías fallado -me alzó Camilo igual que a un nenito y cuando pude abrazarlo hasta el dolor con las piernas colgando casi se me caen los lentes, aunque todavía guardo una de las fotos que nos sacó Ernesto donde parecemos Rocha y Abadie festejando el cuarto gol que le hizo Peñarol a River en Chile por la Libertadores y tío Pacho conservó durante años enchinchada en la cocina.

-En este boliche escribía Abel Rosso cuando vino a hacerse el Hemingway en el 73 - comenté después que pedimos una ronda de rouge que también debía ser de botella de plástico. -Pobre loco. Ahora andará militando en la clandestinidad, porque es más bolche que tu abuela la diputada.

-Propongo brindar por una grandiosa grabación del Gentilhombre -se paró el Colorado haciéndole una guiñada al Pelusa. -Lo que el maestro Pablo Regusci todavía no sabe es que en la chambre 9 lo está esperando una sorpresa de puta madre que le trajo su primo el galán.

-No tengas duda de que es la mejor sorpresa que te traje -se le acercó un celeste parpadeante a Camilo. -Y la idea fue de Alondra.

Entonces Ernesto no pudo reprimir un chispazo de repugnancia como el que le asomó la noche que nos conocimos y se empezó a escarbar los dientes con un fósforo:

-Che: ¿saben que estoy oliendo que les gané la apuesta, carniceros?

-Qué apuesta -le saqué un cigarrillo aunque no lo prendí.

-Sí, y la ganaste por muerte. La concha de Dios -hizo una seña para pedir otra vuelta el Pelusa. -Así que todo esto lo pagamos nosotros.

-¿Pero cuánto demoró en hacer la pregunta del millón? Contame bien, coño -se trajo para adelante la pelambre con una coquetería andrógina el performer de Trelew. -No te olvides que yo me lo perdí por un podrido cambio de vuelo.

A Camilo se le seguía oscureciendo una especie de culpabilidad con fondo de iceberg que terminó erizándose.

-Bueno, habría que descontar el tiempo que pasó desde que nos cruzamos en la escalera por pura casualidad y lo llevamos a la chambre para que dejara el equipaje -calculó el Titi, disfrutando infantilmente del misterio de mierda que habían armado. -Pero yo te diría que desde que salimos del Stella demoró cinco minutos en preguntarnos *Dónde están las minas*.

Y después que me decidí a prender el Gauloise tratando de no acusar el golpe en la entrepierna repetí mentalmente la oración que había inventado Alondra cuando era chica y eso me calmó un poco.

18 / ALONDRA

Luz Adrogué fue la que te compró los anticonceptivos y te instruyó meticulosamente sobre la iniciación sexual, además de seguirte prestando el descascarado dormitorio del conventillo que siempre olía a incienso y a jazmines y tenía una gran lámina de San Jorge presidiendo las fotos del carnaval de los años 50 en el que la eligieron *Reina de las Llamadas*.

-Fue sentir igual que si estuviéramos arriba del arco iris -le contaste a Camilo la segunda vez que se encerraron a amarse más como picaflores que como tigres al otro día de volver de tu primera peregrinación al *misterio virgen de la naturaleza* guiada por Aparicio Regusci y su compinche Salomón. -Hubo un momento en el que sentí que la Sierra era el monte Tabor y tu padre se ponía blanco y lo saludaban todas las palomas del mundo.

-Yo soy terrible burro en esas cosas -demoró en bostezar Camilo. -Porque mi madre no quiso que tomara la comunión. Para ella todo lo que se enseña en el catecismo son pavadas.

-Pero carajo -casi te enojaste. -Cuando Jesús sube al monte Tabor con dos discípulos y se le aparecen Moisés y Elías se *transfigura*. Y allí anuncia que va a ser crucificado y va a *resucitar*. ¿Nunca oíste hablar de eso?

-Los franceses ya no creemos en esas cosas, Negrita.

-No me digas Negrita. Vos tenés un primo que es un guitarrista genial pero jamás vas a escuchar cómo canta la sierra. Porque la sierra *canta*. Y tu padre la *escucha*. ¿Por qué te creés que vive llevando gente a los campamentos?

Entonces el muchacho gigantesco se ovilló agarrándose la cabeza y preguntó:

-Vos sabías que antes que yo naciera mis padres perdieron a una nena de nueve meses que se llamaba Alondra.

-Ahora entiendo -demoraste en reaccionar. -Cuando vos te fuiste a bañar al Pozo Azul lo escuché buscar algo en la mochila y darle un beso que sonó como el primer armónico de la *Mazurca*.

-¿Y cómo podés oír eso?

-Yo oigo sonar notas por todos lados, corazón. Y sobre todo desde que empecé a estudiar la guitarra con Pablo.

-Qué cosa más increíble.

-No me mirés así, por favor.

-¿Y cómo carajo sabés de qué manera te estoy mirando?

-Porque te cambia la respiración -te acercaste gateando igual que si Camilo fuera el ciego.
-Estoy segura de que tu padre estaba besando la foto de tu hermana. La debe llevar a los campamentos.

-A mí nunca me dijo nada.

-Y a mí tampoco. Pero estoy segurísima.

-Ta. Callate de una vez, por favor -te sentó sobre su sexo el muchacho con la respiración muy mojada y cabalgaron frenéticamente hasta que te invadió el entrecortado chorro de estrellas y te quedaste dormida un rato largo incrustada en esa posición.

19 / PABLO

-Bueno, ahí tenés la sorpresa -se paró el Titi con el brazo extendido en la puerta de la chambre 9. -No sé si te acordás, pero anoche cuando te mamaste del todo dijiste que eras capaz de rezar para poder estudiar el *Gentilhombre* en la *viola sagrada*. Y tu primito el galán te la trajo y antes de salir a buscar minas nos mostró la famosa *estrellera*.

Los corredores del Stella son tan angostos que estábamos parados en fila y yo entré a las zancadas a arrodillarme frente al grial que rebrillaba sobre una colcha roja.

-Mi Dios -la agarré como si fuera de cristal y me senté para afinarla. -Y pensar que existe gente que no cree en los milagros.

Los muchachos aplaudieron y Camilo recogió su valija y fuimos hasta mi pieza, que tenía dos camas de una plaza.

-La verdad es que no me asombra que tu novia haya sido capaz de adivinar qué era lo que yo necesitaba para poder ser digno de los Regusci en este infierno, hermano -empecé a acariciar los festones nacarados que me hacían acordar al misal que me compraron cuando tomé la primera comunión en San Carlos.

-Pero hay otra novedad que no va a gustarte tanto -siguió vaciando la valija mi primo, sin atreverse a mostrarme los ojos. -Alondra ya no es mi novia, Pablo.

-Desde cuándo -sentí aparecer la misma viscosidad congelada que me ensopó la noche de la performance.

-Ya va a hacer un mes que dejamos, aunque seguimos viéndonos y haciendo joyas juntos. Pero no daba para más la cosa.

-¿Qué cosa?

-Eso que nos meten en la cabeza desde que nacemos: el *amor para siempre* y bla bla bla. Y mi viejo era el primero en cantarte esos versos. ¿Vos no acabás de abandonar a la muchacha con la que te pensabas casar para ser felices comiendo perdices?

Entonces me saqué los lentes y prendí un Gauloise como si me hiciera falta literalmente un bastón blanco, hasta que atiné a argumentar:

-Lo de ustedes era distinto, loco. Yo igual quedé deshecho, porque Lys no se merecía que el príncipe azul terminara echándole un jarrito de agua en el pescuezo. ¿Te acordás de *Rayuela*?

-Claro. Entonces somos dos los infelices. Además de Oliveira.

-¿Cómo que somos dos? Vos adorás a Alondra desde que la viste y eso lo dijiste siempre.

-¿Adorar? Suena a *Dios*. Y yo ya no creo ni en mi sombra,

-Tío Pacho era capaz de *adorar* y tampoco *creía*.

-Ahora preferiría no hablar de mi padre. Bueno, ¿y dónde están los planes que tenías para salir a comernos la noche de París con los que me manijeaste en la última carta?

Y al volver a acariciar la *estrellera* supe que tenía que concentrarme y rezar un momento el mantra de Alondra igual que en *l'Escholier*.

-Okey -suspiré acordándome que tío Pacho decía que hay que saber rendirse sin darse por vencido. -Vamos a empezar yendo al *pub Saint-Germain* a comer hamburguesas de carne de caballo con cerveza negra. Son tan pipícucú como los panchos de *La Pasiva*.

Juliette no respiraba odiándote nada más que cuando tomaba grappa y el primer domingo de setiembre le festejaron el cumpleaños a Camilo en el fondo de la casona enguinaldada por las glicinas y hasta el tío Gato parecía feliz.

-¿Así que ya te transformaron en *peregrina mística*? ¿Y cómo te fue en la sierra? -se sirvió otra copa el hombre obscenamente asmático y sentiste la turgencia de tus pezones contemplada con un jadeo baboso. -¿Vos te creés que es verdad lo que dice mi cuñado de que no hay preocuparse por las víboras porque jamás te atacan?

-No empieces a torearlo -se acercó a la parrilla la mujer con perfil de diva parisina y le besó el rostro sudado a su marido. -Ya sabés que este pobre cree hasta en las víboras. Será por eso que me casé con él.

-No tomes más, mamá -le pidió Camilo.

-Es que esta grappa con pasas te cae como un arreglo de Llobet -empezó a picar la primera molleja trozada Pablo y tu novio te preparó un sanguchito que olía a limón recién cortado.

-Decime, Pacho: ¿vos te acordás de aquella película japonesa en la que una muchacha acusa a un samurai de ser una bestia y él le contesta: “Peor. Soy humano”? -se disparó una ráfaga de inhalaciones el hombre de dentadura marrón. -Y mirá que Kurosawa relativiza todo pero nunca cae en el nihilismo.

-Ya empezaron a ladrarse -te acarició el antebrazo Juliette, como si te quisiera.

-Bueno -tajeó el pulpón Pacho para controlarle la gradación todavía demasiado purpúrea. -Hay que reconocer que un ser humano puede llegar a ser más perverso que aquella famosa anaconda criada por una científica que dormía al lado de ella y todo. Pero la bicha estaba midiéndola. Y cuando la superó en tamaño se la devoró.

-Che, esas cosas no se cuentan a la hora de comer -palideció Camilo.

-No me jodas con la perversidad, cuñado -se puso a masticar una pasa que encontró flotando Charles Jenot. -Porque ni las bestias ni los hombres podemos ser ángeles. Cuando aparece el instinto de conservación se acaban el bien y el mal.

Entonces te acordaste de Santa Lucía y te animaste a explicar sin la menor vergüenza:

-Cuando yo me enfermé del todo mamá me llevó a ver a un curandero de Maldonado que se llamaba Jeremías y me hizo mirar fijo a una santa y la estatuita se cayó porque no pudo soportar la maldad que me habían metido en los ojos.

-Pero si lo que vos tuviste fue un cáncer -se desconcertó Pablo.

-Sí. Fue un tumor en el nervio óptico. Aunque Jeremías nos explicó que ese era el nombre del mal vuelto una enfermedad incurable y que lo único que podía hacer ahora era seguir teniendo fe. A mí me engualichó la mirada de un cacique de los gitanos que acampaban cerca de casa porque le mandé pedir que salvara a un bebé que habían puesto en un cajón de verdura con monedas arriba de los ojos. Y no me di cuenta que estaban velándolo.

Y de golpe viste a Aparicio Regusci ponerse blanco como las glicinas que flotaban trepadas a la parra y el tío Gato comentó:

-Yo conozco a un curandero que te hubiera dicho lo mismo. Esos tipos a veces saben más que todos los psiquiatras juntos. Y te pueden ayudar de verdad.

21 / PABLO

Después de comer hamburguesas en el *pub saint-Germain* Ernesto y los porteños volvieron al hotel y nosotros nos fuimos hasta el Sena y al contemplar Notre Dame sobrevolada por una límpida luna invernal Camilo suspiró:

-Esto es más lindo que todo lo que me había imaginado, loco.

Entonces cruzamos la isla Saint-Louis y empezamos a caminar por el Boulevard Sébastopol hablando de todo un poco y sin tener la menor idea de adónde íbamos a parar, hasta que de golpe nos encontramos con Montmartre recortada en el alba lila y subimos a fumar sentados en la escalinata del Sacré Coeur sin acusar el frío y mucho menos rendidos por el cansancio que por la felicidad.

-Aquel edificio ultramoderno que ves a la izquierda de la tour Eiffel es la ORTF -extendí el brazo hacia la magia de la ciudad todavía titilante. -Allí grabé el *Gran Solo* de Sor y el Estudio 12 de Villa-Lobos en la Tardebuena del 74, justo un año antes de que encontraran muerto al tío Gato.

-Hay algo que todavía no sabés sobre el tío Gato, Pablo -exhaló una espiral húmeda Camilo. -Yo estoy aquí porque él le dejó una plata que venía juntando de callado a mi vieja.

-¿Y la idea de que vinieras a verme también fue de él?

-Nunca lo supe bien. A mi tío lo hizo mierda la muerte de Pacho. Aunque ellos siempre se definían como *enemigos íntimos*. Pero en el fondo no lo consideraba un *delirante*. Y un rato antes de encerrarse en el baño a suicidarse me reconoció que a los *quijotes* *caballeros de la fe* se les puede perdonar cualquier cagada grande que hagan, porque hay poca gente así.

En ese momento supuse que la *cagada grande* que se le podía perdonar a Pacho era haber acompañado a Juliette a los consultorios de los curanderos y me quedé callado.

-¿Vos te acordás de aquella historia de la estatuita de Santa Lucía que se cayó sola porque no pudo soportar el mal que le habían metido en los ojos a Alondra?

-Sí. La contó en el asado que hicimos el día de tu cumpleaños.

-¿Y vos le creíste eso?

-Era imposible no creerle -me sentí desarmado para fundamentar la confianza que siempre me provocó aquella muchacha que parecía tener dos corazones en lugar de pechos. -Y tu padre también se lo creyó.

-Mi padre era capaz de comprar cualquier *historia santa*, loco. Por más ateo que fuera.

-¿Y vos qué pensaste? -traté de no enojarme. -¿Pensaste que tu novia nos estaba vendiendo humo para que leuviéramos más lástima?

-Mejor vamos a buscar un taxi -se paró abruptamente Camilo. -Estuvo todo muy lindo pero me estoy cayendo. -Me imagino que hoy no vas a poder ensayar.

-Obvio. Pero eso ya estaba previsto. Aunque lo que jamás se me hubiese ocurrido soñar era que mañana iba a poder tocar con la *estrellera*. En esos casos es cuando entendés que Alondra piensa como Dios y no como los hombres.

-Puede ser. Pero la joda es que yo soy nada más que un pobre guacho lindo.

22 / ALONDRA

La segunda vez que te purificaste ascendiendo entre la perfumadísima orquestación de la Sierra de las Ánimas conociste al padre de Pablo, un sastre de San Carlos que también había oído hablar de la leyenda de la niña ciega que ponía flores a escondidas frente a las tres cruces del cementerio de la Isla de Lobos.

-Bueno. Aquí la tenés -le sonrió Pacho a su hermano, señalando tus pupilas que fosforecían frente al culebreo del fogón donde asaron chorizos y morrones rellenos con queso mientras el estrellerío de la noche sin luna parecía girar al compás de los grillos.

-¿Y quién te habló de ella? -pareció molestarse Camilo. -Porque supongo que a mi tío Gato no lo ves nunca, Wellington.

-Una vecina que fue compañera nuestra en el liceo -usó una ramita incandescente para prender un Sinniko el hombre que se empeñó en acondicionar la *estrellera* descubierta en el sótano del caserón familiar cuando su hermano todavía era novio de Juliette y vivía con la madre stalinista. -¿Te acordás de Selva Primavera, Pacho?

-Cómo no. Y también que esos eran los dos primeros nombres de pila que siempre usó para esconder un apellido espantoso: Tortajada. Pobrecita. ¿Qué es de su vida?

-Vive. Pero tuvo tres hijos con un animal que le llevan inconsciente todos los fines de semana desde la cantina del Atenas. Ella era muy compinche con tu novia. ¿Te acordás del campamento que hicimos en esta quebrada para festejar la despedida de cuarto año?

Entonces te pusiste a rezar para que no nombraran a tu madre hasta que se te ocurrió pedirle a Pablo que tocara la *Cançó del lladre*.

-Perdonen que interrumpa, pero prefiero que no me hagan acordar más de la isla -le clavaste las uñas en la mano a tu novio. -Porque llevar flores a escondidas era precioso pero también tuve que escuchar arrastrarse a los lobos para que el acodillador los pelara con el naife. Y lo peor es que yo me los imaginaba como ángeles gordos. Y el olor era horrible y me venía un miedo oscuro parecido al de cuando me morí.

Durante unos momentos se quedaron escuchando sonar nada más que los mugidos del viento oceánico que sobrevolaba la cumbre del cerro principal de las Ánimas en dirección al Betete y Aparicio y Wellington Regusci terminaron por hacerles señas a Pablo para que empezaba a tocar de una vez.

-Bueno, yo estoy hecho puré -bostezó varias veces Camilo después que su primo enhebró tres canciones catalanas y los hermanos dichosamente reencontrados se pusieron a jugar al ajedrez tomando una ginebra. -¿Vámonos a la carpa, Negrita?

Y cuando se embutieron abrazados en un gran saco de dormir podían escuchar risas y frases sueltas hasta que un jirón de viento empujó con total claridad la dulce voz de Pacho:

-Fue todo inolvidable. Y éramos tan felices que una noche le pedí que se pusiera a candombear desnuda arriba de la almohada y parecía una diosa.

-No se puede creer -murmuró Camilo, rígido. -¿Por qué no me dijiste que la primera novia de mi viejo fue Dalma?

Y no pudiste responderle porque un cansancio misericordioso como un hipnótico te encapuchó hasta el amanecer y por un tiempo no volvieron a hablar de aquel asunto.

Después de volver en un taxi al Stella dormimos cinco o seis horas y nos largamos a recorrer más rincones *for export*, hasta que al otro día pude ensayar con la *estrellera* y la pianista terminó por sondearme desde una cavernosidad hosca:

-¿Usted *admira* la tour Eiffel, verdad?

-No especialmente -me puse en guardia, desconcertado.

-¿Y por qué se tomó el trabajo de sobrevolar el Sena entre Grenelle y Passy y hacerlo ponerse de espaldas a su primo para que el adefesio se le viniera encima igual que una montaña de *papier mâché* como las que se mandaba a hacer Robespierre cuando se sentía Dios? ¿No había sido suficientemente hermoso descubrir a Notre Dame abajo de la luna?

-Son cosas que tenía programadas -tuve la fastidiosa sensación de estar discutiendo con mi madre. -La primera vez que vine a París un pintor que conocí en el hotel Glass me preparó la misma sorpresa. Y a mí me encantó.

-Pero en ese momento usted no había renunciado al *amor más hermoso del mundo*. Y lo que su primo necesita ahora es recuperar el Espíritu Santo. Yo creo que usted *está en misión*, Monsieur. No juegue a deslumbrarlo con paisajes sin alma.

-Pero por lo menos digamé qué le pareció la versión estrellada del Gentilhombre -protesté, ya con un poco de odio.

-Casi no le presté atención -horizontalizó el bastón para apoyarle encima la frente muy marchita Verónica del Prado. -Fue demasiado horrible todo lo que me contó, Pablo. Yo pensé que iba a venir al ensayo con su primo y antes de desenfundar esa joya desembucha una telenovela que parece libretada por Polanski.

-Perdón.

-¿Y hace cuánto tiempo que Camilo le volvió a romper los ojos a Alondra?

-Yo supongo que fue a fin de año, después que mi tío Gato se suicidó.

-¿Pero cómo pudo venir a París sin haberle avisado nada? Una carta demora una semana en llegar. Y además piense con cuántas perras se deber abotonado en un mes y medio -se puso insólitamente grosera la pianista que parecía haber sido concebida por la orfebrería espiritual de Jane Austen.

-Y sin embargo ayer al bajar del métro en Trocadéro nos agarró un chaparrón y corrimos ahogándonos de la risa a refugiarnos en una pata de la torre junto con todo el turisterío y de repente se abrió un túnel solar y vimos aparecer a una niña patinando entre la llovizna dorada y los dos dijimos *Pacho* al mismo tiempo.

-Y eso qué significaría.

-Es que fue como si mi tío nos hubiese mandado una postal desde el más allá, Madame - me puse a acariciar el festón nacarado de la *estrellera* que Alondra detectó con el antebrazo la primera vez que vino a casa. -Camilo podrá decir que no cree ni en su sombra, pero algo milagroso nos hermanó como en los buenos tiempos.

-Es que el Espíritu Santo aparece sin aviso -empezó a renguear la mujer-muchacha hasta la cocina. -*Y el que lo ve y no trata de salvar a su hermano, muere.* Las cosas son así.

24 / ALONDRA

Dalma trabajaba como limpiadora y lavandera de todo el conventillo, y cuando Camilo se dio cuenta en la sierra que había sido la primera novia de su padre pareció empecinarse en demolerle la idealización de aquel hombre capaz de charlar horas con las mujeres tristes de las casas adonde lo llamaban para hacer todo tipo de changa de mantenimiento.

-Lo peor es que últimamente está empezando a dejar plantada a la gente -contó un día mientras vos tratabas de domar el penúltimo movimiento de las *Variaciones de Sor sobre un tema de Mozart* y ya te habías fastidiado. -Y cuando se da cuenta de que no va a llegar a tiempo a la próxima casa llama por teléfono para cambiar el día del arreglo y va perdiendo clientes. Si no fuera por el sueldo de mi madre y lo que puedo arrimar yo ya estaríamos en la lona.

-Es que hay tanta mujer triste -suspiró Dalma sin dejar de planchar. -Tu padre debe ser un hombre muy bueno.

-Según mi tío Gato es un *seductor* disfrazado de *enamorado* -te frotó el antebrazo izquierdo el muchacho de manos llenas de anillos jipis. -Aflojá un poco, Negrita. Te vas a lesionar un tendón.

-No me digas Negrita -te lo sacaste de arriba como a un tábano. -Y ya sabés que me paspan esos retorcimientos de las palabras que le encanta hacer a tu tío. ¿A quién puede interesarle la diferencia que hay entre un *seductor* y un *enamorado*?

-El ejemplo clarito lo tenés con el personaje de *La felicidad*. Al final lo entendí: el carpintero parece que enamorara a las mujeres pero lo único que le interesa es tenerlas a disposición. Lo que hace es seducirlas con carita de santo pero lo único que le importa es que lo adoren a él. ¿O por qué te creés que al diablo le dicen el *seductor*?

-Yo hablo de atrevida, nomás -murmuró Dalma después que te encerraste en el baño pegando un portazo. -Pero me da la impresión de que tu padre no es esa clase de hombre. No lo conozco, claro.

Y entonces te pusiste a pedirle al cielo que a Camilo no se le fuera la lengua y de golpe él confesó algo que ni siquiera vos sabías:

-Mirá, desde que nos mudamos a Palermo mi madre le encontró cinco o seis cartitas y poemas de amor en el bolsillo del gabán. Las clientas se le declaran a cada rato. Y lo peor es que cuando ella se las muestra mi viejo le contesta que no se anima a romperlas y una vez hasta lloró diciendo que *preferiría no hacerlo*. Pablo me explicó que esa es una frase famosa de un cuento norteamericano y que el personaje que repite todo el tiempo *preferiría no hacerlo* muere loco en la cárcel.

Y aquello extasió tanto a Dalma que estuvo a punto de quemar una sábana con la plancha mientras le reafioraba un enamoramiento adolescente:

-Yo tuve un compañero así en el liceo de San Carlos. Una vez le pasé un ferrocarril para ayudarlo en un escrito y como le dio pena romperlo la profesora lo descubrió y lo mandó a la dirección.

-Basta, mamá -enfundaste atropelladamente la guitarra y le pediste a Camilo para salir a escuchar el atardecer en la rambla.

25 / PABLO

Cuando volví del calamitoso primer ensayo con la *estrellera* encontré un sobre sin remitente dirigido a Camilo en el casillero de la conserjería, y enseguida me di cuenta que era una postal despachada casi una semana antes de que mi primo llegara a París. Entonces el gnomo mauriciano me dio a entender que mi primo había salido con los porteños catapultando señas fálicas y al subir a la chambre violé la correspondencia ajena sin el menor remordimiento y encontré una panorámica de la Rambla Sur y en la parte de atrás una temblorosa frase obviamente escrita por Alondra que decía: TE QUIER.

-*Pobrecita, carajo* -me volví a torturar con la indignación más poética de toda *Rayuela*. - Ni siquiera te importó que se te acabara la postal antes de escribir la O.

Y no tuve más remedio que ir a desahogarme a la chambre 9 porque estaba seguro de que Ernesto no había salido a cazar hembras con Camilo. Golpeé varias veces antes que me gritara *Pasá que está abierto boludo* con voz de siesta interrumpida y lo encontré acostado en la piecita de las performances.

-Perdoná -se acomodó la pelambre mecánicamente el juglar de Trelew después de contemplar aquella frase guillotizada que derramaba una especie de resplandor zen. -Pero desde que fuimos en el ómnibus a Orly me quedé con la intriga de a qué carajo te referís cuando nombrás a Dios.

-Eso es cosa mía, loco.

-Pero cuando te recité el versito que aprendió mi viejo en la escuela de curas te defendiste enseguida diciendo que no eras católico.

-Es que de chico tomé la comunión con misal de nácar y todo pero no me siento católico.

-Y me imagino que habrás leído *El perseguidor*, si sos tan cortazariano.

-Sí. Desde que mi hermano Leonardo me lo prestó explicándome que para un músico era *obligación sabérselo de memoria* lo leo una vez por año. Y cada vez me parece más

fabuloso -le saqué de la mano la postal de Alondra al performer sexópata y me odié por habérsela mostrado.

-Entonces te debés acordar muy bien de este párrafo -se recostó en la almohada con los ojos inyectados Ernesto. *-Sobre todo no acepto a tu Dios. No me vengas con eso, no te lo permito. Y si realmente está del otro lado de la puerta, maldito si me importa. No tiene ningún mérito pasar al otro lado porque él te abra la puerta. Desfondarla a patadas, eso sí. Romperla a puñetazos, eyacular contra la puerta, mear un día entero contra la puerta. Aquella vez en Nueva York yo creo que abrí la puerta con mi música, hasta que tuve que parar y entonces el maldito me la cerró en la cara nada más que porque no le he rezado nunca, porque no quiero saber nada con ese portero de librea, ese abridor de puertas a cambio de una propina.*

Y en ese momento aparecieron el Titi y el Pelusa completamente fumados a anunciar con una euforia más repugnante que la de los barrabravas:

-A tu primo lo encaró una gorda aristocrática que estaba sentada en el café del Luxemburgo y se fueron en una Ferrari. Una guacha sin pinta de puta ni nada. Y Camilo se dejó llevar más contento que un perro con dos colas.

26 / ALONDRA

El primer escándalo explotó exactamente en el feriado del 12 de octubre, al final de una larga sobremesa en la que Pacho siguió tomando grappa después del café y se puso a contarte cómo se enamoraron con Juliette:

-En aquel tiempo la Barra de Maldonado ni siquiera tenía pinos y los Jenot venían a veranear quince días en una cabaña quinchada que le prestaban a Madame Colette. Ella era nurse en una Sociedad Médica que se llamaba La Unión Fraternal y ya sufría mucho de reuma, así que se pasaba todo el día sentada abanicándose y mirando el océano, Y un día fuimos con Salomón a acampar en la desembocadura del arroyo para ver si encontrábamos vértebras de gliptodonte o puntas de flecha y nos dieron ganas de asar una corvina negra y cuando nos sentamos con las cañas en el puente de madera que ya estaba muy enclenque aparecieron Juliette y Gato y yo casi me desmayo frente a la belleza de aquella muchachita que usaba una capelina de paja y se quedaba parada sin moverse al lado del botija gordo que pescaba con ril.

-Esta historia se la viene contando a todo el mundo desde que nos casamos, Alondra -te murmuró en el oído la mujer cuarentona que ya se estaba empezando a poner demasiado caderuda. -Y hoy aprovechó que viniste de visita para tratar de convencerse de que todavía estamos enamorados.

La madre de tu novio había tomado mucho y ahora respiraba como si se odiara a ella misma, y ni siquiera pudiste contestarle con tu irresistible media sonrisa.

-Bueno -se le dulcificó picarescamente el rostro a Pacho. -Y después de ir a pescar varias tardes nada más que para verla a ella, un día se le voló la capelina y me zambullí a buscarla como si fuera cosa de vida o muerte y la desembocadura estaba muy crecida y hubo un momento que me cansé de veras y hasta me asusté un poco pero se la pude traer de vuelta y cuando nos miramos por primera vez a los ojos tuve la sensación de estar naciendo de nuevo. Porque el amor es eso.

Y en ese momento sonaron unos golpes tan fuertes en la puerta de calle que Camilo corrió haciendo bambolear las glicinas que colgaban de la parra y enseguida lo vieron aparecer dándole el brazo a Luz Adrogué, que había empezado a usar bastón y estaba por operarse de la cadera.

-Buen provecho la compañía y perdonen que interrumpa la festichola de Cristóbal Colón -se puso a cacarear la pintarrajeada y elefantiásica primera vedette de las comparsas lubolas y el pánico te acogotó hasta el punto de prohibirte rezar con un mínimo orden. -Hace tiempo que quiero contratar al señor Regusci para que me maquille debute el bulín donde traigo a mis galanes: yeso y pintura y un mosaico pipícucú, por lo menos. Usted ya tiene fama en el barrio de hacer lo que uno le pida. Bueno, hablo de cosas decentes.

Y largó una risotada a lo Sachtmo que ni siquiera le dejó de caer en gracia a Juliette y Pacho se paró extendiéndole una reverencia palaciega:

-Es un honor conocerla en persona, Señora Diosa de Nuestro Río Marrón. Pero si no se sienta a compartir una grappa con pasas que me enseñó a preparar mi padre en San Carlos, no le agarro la changa.

Camilo volvió mientras yo estaba vistiéndome para ir a Vincennes y de golpe se puso a vomitar en el lavatorio algo que era pura bilis mientras preguntaba:

-Dónde carajo me puedo duchar.

-En el baño del primer piso, pero recién después del mediodía. Eso se paga aparte.

-No se puede creer -puso el buclerío dorado abajo de la canilla y se lavó los dientes dos veces seguidas mi primo. -¿Vos alguna vez te mamaste mezclando whisky y champán?

-Creo que no. Aparte de que esa mamúa debe salir carísima.

-Pero esto fue gratis, macho -se sentó en su cama el galán de Palermo agarrándose el estómago. -Es mortal. Tuve que terminar tomando leche fría en un boliche, frente a Notre Dame. Y la acidez es cada vez peor. ¿No tenés un Alka-Seltzer?

-Anteayer me tomé el último. ¿Y qué pasó con la mina de la Ferrari, al final?

Y fue justo al levantar la cabeza para contestarme que Camilo vio el sobre de la postal arriba de su almohada.

-¿Qué es esto?

-Llegó ayer. Y te ruego que me perdones, pero no tuve más remedio que violarte la correspondencia.

-Pa. Esa es la letra de Dalma.

-Pero las letras que vas a encontrar en la postal que hay adentro no son de Dalma, loco.

-¿Cómo se llamaba el cuento donde aparecía aquel personaje que se pasaba diciendo *Preferiría no hacerlo?*

-*Bartebly, el escribiente*. Es de Melville.

-Es que no entiendo cómo me puede haber llegado una postal tan rápido. Preferiría no leerla, de verdad.

-Entonces no la leas. Pero contame cómo te fue con la gorda de la Ferrari. ¿Te la cojiste, por lo menos?

-No -eructó hediondamente Camilo. -Está loquísima. Se ve que es de la *high* porque vive cerca del Arco del Triunfo y me presentó a los padres como si hubiera comprado un novio. Y mientras chuponeábamos en el living me tomé dos whiskys y dos copas de champán comiendo saladitos de caviar y al final le pedí que me trajera al barrio, aunque antes me rogó que nos sacáramos una foto abrazados. Pobre muchacha.

-Bueno, hay tantas pobres muchachas en el mundo.

-Andá a cagar, Pablo.

-Ya cagué al levantarme. Y ahora tengo que ir a ensayar con la pianista. ¿De verdad no querés leer lo que está escrito en la postal?

-Lo único que me gustaría en este momento sería poder morirme en una cárcel igual que ese enfermo del cuento de Melville.

-¿Te acordás del *koan* del Negro Jefe que siempre nos recitaba Pirín Rosso en los fogones? *Si le empatamos a la realidad, le ganamos a cualquiera.*

-Tomatelás de una vez, Pablo -volvió a eructar mi primo, y esta vez tuve que obedecerlo porque Verónica del Prado no me hubiera perdonado otra impuntualidad.

Luz Adrogué se tomó tres grappas picando asado frío y cuando Pacho le prometió ir a conocerle el bulín aquella misma tarde le dijiste en secreto a Camilo que necesitabas volver sola a tu casa y cruzaste la cuadra sosteniendo el bastón como si fueras a dar un salto con garrocha.

-No te vas a pasar toda la vida escondiéndote -rezongaste después que Dalma se encerró a llorar en el baño. -Y calculo que Pacho va a demorar una o dos semanas en hacer la reforma que le pidió Luz. Yo creo que Dios quiere que ustedes se encuentren de una vez, mamá.

Y de repente supiste que ahora ella estaba rizando la boca como aquella Virgen del Carmen de la estampita colocada entre dos velas a la que le rezó la mañana que tomaste la comunión y murmuraste:

-De profundis clamavi ad te Domine.

Y un rato después de que *Los negros de Artigas* encaminaran su tamborileo hacia Curuguaty escucharon pasar a La Negra Jefa y a Aparicio Regusci cantando a gritos entre los macetones y los farolitos cargados de glicinas y tu madre se puso la solera más linda que tenía y se maquilló y se hizo un moño mientras coreaba:

-Las manos en la tambora / mientras tu pena llora que llora. / Yo digo que es un tesoro / de plata y oro corazón. ¿Los escuchaste, nena? Fue bailando esa canción que ganamos el concurso del liceo con Pacho.

-¿Y Luz no se habrá enterado de que ustedes fueron novios y armó todo este lío para que se encontrasen?

Dalma no contestó pero se cambió el peinetón y se rehizo el moño mientras entreveraba estrofas del tango-candombe de Manzi y Charlo hasta que una carcajada cabaretera emergió de la casilla donde hacían el amor con Camilo y pensaste en voz alta:

-Allí vienen.

-Te aseguro que te voy a dejar el bulín de rechupete -le prometió el hombre que ya había tomado mucho a la vedette artrósica.

-Bueno, pero ahora esperá un poco que yo te quiero presentar a la madre de Alondra.

Y ustedes se agarraron las manos mientras oían arrastrarse el bastón de La Negra Jefa y después que ella hizo repiquetear un compás sincopado en la puerta Dalma gorjeó:

-¿Quién es?

-Tu hada madrina, beibi. Te quería presentar a un carolino que contraté para empaquetar el cucho. Aunque capaz que ya se conocen.

Y cuando Luz y Pacho quedaron recortados sobre el final de un crepúsculo violeta respiraste el inmaculado soplo de las enredaderas y volviste a sentir que estaban en el Monte Tabor y que los que habían sido amantes liceales se iban transfigurando fosforecentemente hasta que él suspiró:

-¿Y vos vivís aquí?

-No. Acaba de caer del cielo -chilló Luz Adrogué y pensaste en las carpas que Pedro le propuso hacer a Jesús para quedarse con Elías y Moisés hasta que amaneciera.

29 / PABLO

La idea terrible se me ocurrió cuando volví del ensayo y entré al drugstore de Odéon a comprar unos Alka-Seltzer.

-¿Y al galán cómo le fue con la gorda de la Ferrari? -se euforizaron el Titi y el Pelusa, que habían fabricado un petardo con forma de pez martillo y ya estaban al borde del primer ataque de risa.

-Durmiendo una mona de whisky y champán -me di cuenta que Ernesto esperaba fervorosamente noticias del derrumbamiento espiritual de mi primo-hermano y conté la anécdota de la gorda millonaria fingiendo divertirme con el ridículo ajeno. -Lo increíble

es que el padrillo del barrio Palermo haya terminado chuponeando en un living como cualquier boludo.

-Mirá cuando se entere Lady Macbeth de que el pendejo anda buscando una novia de alcurnia igual que Eugène de Rastignac -se frotó las manos el juglar de Trelew. -La jugada del charter fue un gambito perfecto.

Entonces entendí por qué Verónica del Prado me atacó recordándome que yo estaba *en misión* y la idea terrible que se me ocurrió mientras compraba los Alka-Setlzer empezó a tomar forma y al principio me asqueó, pero después me acordé del párrafo de *El perseguidor* que me recitó Ernesto y pensé:

-Ahora lo que hay hacer es abrir la puerta del más allá como sea, Gentilhombre. Esa es la *misión*, carajo.

Lo asombroso fue que justo en ese momento a Ernesto se le ocurriera manijearme chupando un par de fósforos:

-Al padrillo de Palermo habría que conseguirle una ninfómana de esas que se voltean a un ejército, lo mismo. ¿Tu amigo el escritor no conoció a una negra ugandesa que se venía a hacer dar a la bohardilla donde el escenógrafo de *Estado de sitio* dejaba apoliar a los reventados?

-Él no la conoció. Le contaron la historia.

-Qué bien que nos vendría enganchar a una de esas elefantas -se entusiasmó el Titi. -Pero a no ser que salgamos a repartir volantes en las embajadas del África la veo difícilísima.

-¿Y si le organizamos una joda a Camilo diciéndole que mañana viene una ninfómana como esa? -le acepté una pitada del super petardo al Pelusa. -Estoy seguro que el galán agarraría viaje porque ahora está desesperado por mojar el bizcocho.

-¿Y a quién traemos, yorugua? Sin elefanta no hay orgía que valga. Te pegó fuerte el hasch.

-¿Pero todavía no se dieron cuenta que el Gentilhombre quiere que el cabecita negra de Trelew *actúe* un cojinche para darle una lección al primo *descarriado*? -me midió paranoicamente Ernesto.

-Capaz que funcionaría -tuve que admitir. -Aunque nunca se me ocurrió la idea de la performance. Lo que quería era tentarlo, no más.

-Habrás sido una inspiración *divina* -formó una crucecita con dos fósforos el psicópata.

30 / ALONDRA

La reforma del bulín de Luz Adrogué demoró más de una semana y un domingo se les ocurrió organizar un asado hecho con tablones de obra y Luz invitó a Dalma, que apareció otra vez maquillada y ceñida por un vestido lleno de girasoles.

-Mi padre siempre decía que no hay churrascos más exquisitos que estos -comentó Pacho, y descorchó un tinto Santa Rosa muy caro que le habían regalado a la Negra Jefa. -¿Se dan cuenta de lo mal que vivimos los pobres?

Y sentiste que aquel hombre era una especie de tinaja de vino de Caná hasta que Camilo anunció con una voz horrible:

-Allí viene mamá.

El día anterior Pacho le había contado a Juliette la historia del romance liceal que tuvieron con Dalma y ahora la mujer caderuda se estatuizó en la mitad del corredor ajustándose los lentes negros mientras estiraba el brazo para darle a entender a su marido que no se le acercara:

-Lo único que necesito es saber todo lo que te queda por cobrar para salir a *mendigarlo* yo, esta tarde mismo. Puerta por puerta. Y no me salgas con el famoso *preferiría no hacerlo* porque en casa no hay un peso y va a haber que internar a mi hermano. Seguí festicholeando tranquilo, pero dame la libreta mugrienta donde anotás todo lo que les fiaste a las clientas enamoradas. ¿La tenés aquí?

-No. La guardo en el cajón de la mesa de luz -se le hinchó infantilmente la mirada al hombre que todavía tenía la botella en la mano y le oliste una especie de miedo de perrito.
-¿Qué le pasó a Gato?

-Lo invité a venir a casa porque Pablo avisó que se quedaba hasta el domingo en San Carlos, ayudando a grabar a Leonardo. Y mi hermano acaba de llegar con un cuadro de infección pulmonar y hay que ponerle oxígeno enseguida. Pero no me alcanza ni para llevarlo al sanatorio en un taxímetro y el servicio de urgencia es un desastre.

Y sondeó fijamente a Dalma y se fue sin saludar mientras Camilo te acariciaba el pelo murmurando:

-Está loca del todo, papá. Y lo de la internación de Gato debe ser puro verso, aparte de que el gordo tiene cuenta bancaria y todo: mirá si no va a poder pagar un taxi. Así que vayan comiendo tranquilos que yo vuelvo enseguida y se acabó la joda.

-¿Pero qué vas a hacer? -gimió Pacho.

-A traerte la libreta antes de que la histérica nos deje pegados con todas las vecinas.

Y se puso a zigzaguear entre los macetones igual que si esquivara marcadores en una cancha de fútbol y Luz le prensó el brazo a tu madre ordenando:

-Vos te quedás a comer con nosotros porque sabés muy bien que *nadie nos puede achacar ningún pasado*. ¿Comprendiste, beibi? Y que este antiguo novio tuyo tiene el corazón más limpio que calzoncillo de Papa. Dale: serví una copa, morocho.

Pero Pacho se quedó contemplando la parrilla de obra donde ya chirriaban los chorizos y no pudo reprimir un gran suspiro irónico:

-Y pensar que cuando nos mudamos al barrio parecíamos la familia más feliz de la cuadra.

Al otro día llegué del ensayo temprano y le propuse a mi primo ir a matear con Ernesto a la chambre 9. La tarde anterior habíamos armado el plan paso por paso: el Pelusa y el Titi tenían que traer las baguettes y el paté del almuerzo anunciando que esa noche había *cojinche con ugandesa*.

-Che -empezó a hilvanar la telaraña el performer. -¿No fue tu amigo el escritor el que te contó la historia de una ninfómana que venía a hacerse dar a la bohardilla de un escenógrafo donde apolaban los desarrapados del *quartier*?

-Sí. Aunque dicen que le duró poco -bajé la cabeza para disimular la diversión morbosa mientras le daba la última vuelta al mate. -Porque parece que cuando Amelot descubrió que era una diplomática no la dejó entrar más.

-Mirá, galán -sacó una foto de adentro del neceser donde guardaba el pasaporte Ernesto. -Estas son dos elefantas que conocí en un hotel de Lisboa. Eran fanáticas de los *ménage à trois*, y no cobraban ni nada. Yo no soy como estos carniceros porteños que van a terminar enladillándose con las yiras de la rue Saint-Denis. Tengo el paladar muy negro, ¿entendés?

-A la mierda -se desorbitó Camilo. -¿Y te las morfaste a las dos?

-Estuvimos encamados un fin de semana. Y me enloquecieron tanto que un día casi me dejé romper el orto con un consolador de doble verga. Estaba muy merqueado.

-Qué historieta -subió las cejas mi primo como si tuviera el dos de la muestra. -Quién pudiera enganchar algo así.

-Bueno, no te prometo tanto. Pero hoy mandé al Titi y al Pelusa a buscar a una ugandesa amiga de estas bestias que vive en Montmartre. La dirección la tenía guardada para casos de urgencia, y la verdad es que se me está saliendo la leche por las orejas. Ojalá que la encuentren.

Entonces Camilo se agarró la cara con las dos manos y el hasch me hizo imaginar al tío Pacho escapándose del mundo a través de unos arenales nacarados y justo en ese momento entraron los porteños gritando:

-Bingo, guaso. Hoy a medianoche en punto mojamos la factura.

-¿Y por qué hablás en plural? -se frotó las manos Ernesto. -Mirá que este cuerpito es capaz de echar cuatro polvos seguidos, si lo ordeñan debute. Claro que si no aguanto más puedo prestarla un rato. Estas elefantas son capaces de cojérselos a todos, lo mismo.

-Conmigo no cuenten, loco -murmuré.

-Usted hágase la cuzca si no quiere pecar demasiado, Gentilhombre -se acomodó andróginamente la pelambre el admirador de Sade.

-Esas son cosas mías -empecé a chorrear odio.

Y después de devorarnos dos baguettes con paté y unas tartas frutadas nos fuimos a dormir la siesta con Camilo y desde el corredor escuché sentenciar a Ernesto algo que jamás olvidaré:

-¿Sabés lo que decía mi viejo cuando yo todavía estaba en la escuela y empezó a llevarme a los quilombos? *Satanás también sana, chaboncito.*

32 / ALONDRA

Aquel domingo no hubo necesidad de internar a Gato y Camilo se quedó a dormir en tu casa y a la semana ya se trajo todas sus cosas, aunque no te dijo que se había enterado de que Juliette estaba yendo a ver curanderos para que *le desengualicharan al hijo del empoderamiento de una chinonga ciega*. Y cuando Pablo volvió de San Carlos dieron la clase como siempre y mientras pulían el último movimiento de las Variaciones escucharon un ruido de muebles arrastrados en el comedor y una especie de aullido-maullido que te hizo revivir las quejas de los lobos en el corral del despellejamiento:

-Yo acabo de perder a Camilo y mi marido picaflorea con una comparsa de yeguas mal cojidas y una ex-novia lubola y ahora lo único que quiero es estar enterrada al lado de mi hijita -jadeaba babeantemente Juliette. -Y avísale a la negrada que Alondra siempre va a

haber una sola en esta casa decente donde se nos meten las putarracas del carnaval a cualquier hora y hay que reverenciarlas.

Después Pablo te contó que su tía iba rebotando entre las sillas y el aparador y la mesa y que era imposible darse cuenta si aquella danza era una actuación o había que enchalecarla, hasta que él trató de contenerla y Pacho le hizo una seña terminante desde el cortinado de la cocina para que no le dieran pelota y Juliette se desparramó en un sillón a contar el fusilamiento de su padre en el caserío de Conzieu donde estaban escondidos los *maquis*:

-Y al final tiraron los cadáveres al lago y nosotros demoramos meses en poder escaparnos a Lyon y me acuerdo que yo me arrodillaba a cada rato a meter la cabeza en el agua congelada para tratar de *verlo* y una vez que Gato se puso a pescar enganchó el cráneo de un hombre que tenía un diente de oro y mamá le pegó una paliza espantosa, pobrecito. A los cinco años se quemaba la cara con los vahos porque ni siquiera existían remedios para el asma.

-Eso lo escuché bien. Y enseguida que contó lo del lago se puso a roncar y la cargaron hasta el dormitorio -respiraste el recuerdo del jedorazo a grappa. -Lo que no entendí del todo fue lo que te dijo Pacho cuando volvieron al comedor.

-Me dijo *Yo ya fui* bajando el pulgar como los emperadores en el Coliseo, aunque en este caso el gladiador condenado era él.

Pablo te acompañó al conventillo y cuando le contaron el escándalo a Camilo volvieron los tres juntos a consolar al hombre de nobleza blindada que todavía lloraba a gritos explicando:

-Lo que pasa es que yo jamás voy a fallarle a Juliette, aunque si uno se siente *purísimo* y *sagrado es imposible no adorar a la gente*. ¿Ustedes creen que cuando volví a ver a Dalma no me dieron ganas de abrazarla y besarla como en los viejos tiempos? Pero yo no soy el *traidorzuelo* de esa película francesa que quiere darnos lecciones de *felicidad de harén*, carajo. Y no se crean que no me enamoro de los manzanos que crecen afuera del huerto. Pero es un hambre distinta. *Porque también los paisajes que veo desde lo alto de la sierra son tan hermosos que a veces siento que los podría partir con la mano y comérmelos*.

-¿Sabés que no está tan mal ese consejo que le daba el padre a Ernesto cuando lo llevaba a los quilombos? -se tomó el tercer calvados mi primo en el bar-tabac de la esquina mientras esperábamos que los porteños nos vinieran a avisar que ya había llegado la ninfómana.

No quise contestarle, pero empecé a sentirme una especie de ángel del miedo en el infierno de Adán.

-Algún día te voy a explicar mejor por qué me chupa un huevo ser un *caballero de la fe* - me midió con repulsión Camilo justo cuando apareció el Titi para hacernos señas eufóricas desde la vereda.

-Parece que ya llegó la elefanta -seguí metiendo púa aunque sin terminar de entender por qué carajo se me había ocurrido entrapar al padrillo de Palermo en una telaraña tan sádica.

La chambre 9 estaba apenas iluminada y ya se escuchaba el alboroto del *acting* de Ernesto, que verdaderamente le salía cada vez mejor.

-¿Quién va primero? -murmuró el Pelusa, desabrochándose la camisa.

-Ojo, que capaz que hoy no la presta -se sacó los zapatos y los pantalones el Titi. -La cosa está que arde.

-*Encore encore encore encore mon Dieu* -se escuchaba chillar a la mujer con mucho acento, porque Ernesto era un desastre chapurreando el francés. -*Mon chaton mon petit ta bite ta bite ta bite.*

-¿Pero qué más querés, concha de hipopótamo? Te acabo de echar dos al hilo y cuando te chupé el orto me morfé un bruto pedo. Mirá que si te cagás te quemo el clítoris con un pucho y se te acaban las farras, tarro de basura negro.

El Titi y el Pelusa no podían aguantar la risa pero yo me agaché apoyando la cabeza contra la cama y le pedí perdón a Jesús y a la Virgen.

-Yo voy primero -se arrancó la ropa Camilo hasta quedar nada más que con el slip monstruosamente hinchado.

-Pa. Esa brótola debe medir medio metro, yorugua -le cedieron el paso los porteños. -Tas muy en palo, guacho.

Y después de un último alarido orgásmico Ernesto se asomó lleno de arañones goteantes y jadeó:

-Alguien que me ayude porque hoy no llego ni al tercer polvo. Es demasiada carne, loco.

Entonces mi primo esperó a que el performer saliera tambaleándose desnudo y se abalanzó hacia la puerta del cuartito y cuando empezó a sacarse el slip el Titi le prendió la luz del techo y él apenas atinó a gemir:

-Dios mío. Por qué me hicieron esto.

Y después que se sentó en el borde de la cama vacía agarrándose la cabeza me acerqué a abrazarlo y a darle un beso mientras los demás se atoraban de la risa:

-Fue nada más que una joda, Camilo.

-¿Y vos después querés tocar bien el Gentilhombre?

34 / ALONDRA

Dalma ni se enteró del escándalo porque había viajado a ver a tu hermano y ese fin de semana Pacho acampó en la Sierra por última vez en su vida sin invitar a ningún amigo y el lunes amaneció con tos perruna y una gripe de pecho que fue diagnosticada como neumonía y entonces Pablo le contó a Juliette la escena del *Yo ya fui* con el pulgar para abajo calificándola como un mal presagio pero ella no le dio la menor importancia aunque sabía muy bien que la nube de la placa podía estar escondiendo un tumor de pulmón y

Camilo volvió a su casa y se instaló a hacer joyas al lado de la cama del padre y un día la francesa le preguntó por vos y se dieron cuenta de que la matrona histérica ni siquiera se acordaba o fingía no acordarse de la danza macabra que inventó rebotando borracha contra los muebles y cuando Pablo te mandó avisar de que estaba esperándote para darte la clase te tragaste el orgullo y encontraste a Gato fumando y descargándose ráfagas de inhalaciones y supiste que ahora ni te miraba los pechos del susto que tenía.

-Salut, Mademoiselle -se le infantilizó una especie de cariño desvalido al solterón de doble barriga. -¿Sabe que algún día me encantaría escucharla tocar?

Y te acordaste de cuando eran chicos y tu hermano se quedaba sin ir a la *matinée* de los domingos porque no les sobraba un vintén y se encerraba a llorar en el baño y vos sentías que la lástima te hacía arrodillarte por adentro y sonreíste:

-Cuando quiera.

-Gracias, querida -hizo fondo blanco con un farol de grappa el mismísimo hombre que le había recomendado a Juliette que fuera a un curandero para *desengualichar a Camilo del empoderamiento de una chinonga ciega*. -Ayer vi una película sobre una familia destrozada que me mató. ¿Vos oíste hablar de Mario Benedetti?

-Sí. Una vez me leyeron un cuento que se llama *Los pocillos* y me di cuenta desde el principio de que el personaje no era ciego y perdió toda la gracia.

-Bueno, pero en ese cuento Benedetti todavía parece creer en algo.

-¿En qué? Porque el tipo que descubre la verdad es de un retorcimiento espantoso.

-Pero los que lo engañan no son perversos, por lo menos. Claro que ahora que al best-seller le ponen medallas en Cuba le dio por hacerse el revolucionario mesiánico aunque te das cuenta que es pura pose y que cada vez cree menos en la humanidad. Y esta película es una adaptación de la novela *La tregua* que te deja terriblemente vacío. Yo no creo ni en mi sombra, pero el sentimentalismo carroñero me revuelve la úlcera. Menos mal que mi cuñado le hizo la cruz a Benedetti hace tiempo y no va a interesarle.

Y en ese momento te diste cuenta que Pablo tenía razón sobre la gravedad de la neumonía y de que su padre se había escapado a la sierra para despedirse en paz del *misterio virgen de la naturaleza* y preguntaste superando el pánico de encontrarte con Juliette:

-Se puede ver al enfermo.

-Hola, Pajarita -se reanimó el hombre de ojazos esmerilados que estaba jugando al ajedrez con Camilo. -¿Escuchás el alboroto que armaron los horneros en el fondo?

-Sí. Debe haber un atardecer muy rojo -te imaginaste a Pacho sudando sangre en el Getsemaní.

35 / PABLO

Mi primo casi no me volvió a hablar hasta el otro día, aunque me acompañó por primera vez a un ensayo y saludó a Verónica Del Prado recuperando la limpidez celeste con la que contempló a Notre Dame bajo la luna.

-Por fin nos conocemos -se le amieló deslumbradamente la muchachez a la pianista, y después de servirnos un té de jazmín le preguntó a Camilo:

-Usted le tiene fe a su primo.

-Sí. Sobre todo como guitarrista -le costó mostrar los dientes al muchacho envejecido por la humillación soportada la noche anterior en la chambre 9.

Entonces Verónica del Prado se atrincheró en el piano y señaló la *estrellera* con el bastón como si estuviera mostrándole a un toro el estoque fatal:

-¿Qué le parece si transformamos este ensayo en algo tan decisivo como la sexta partida del match Fischer-Spassky, mon cher Pablo? Me imagino que deben conocer el duelo ajedrecístico que ya está siendo considerado el más importante de la historia.

-Claro -me gotearon de miedo las axilas. -Pacho y Gato lo siguieron apasionados, porque ellos entendían mucho. Y justamente nos fueron explicando paso por paso la genialidad del gambito de dama que fue capaz de despeinar al mundo como los Beatles.

-¿Y ustedes saben que Fischer podrá ser muy loco pero siempre declara que él juega al ajedrez nada más que para encontrar la *verdad*?

Nos miramos con Camilo, y de golpe sentí que aquella mujer estaba tan galácticamente habitada por el resplandor de Nuestra Señora que ni siquiera pude seguir hablando.

-Bueno, apróntese que arranco -tecleó las dos primeras notas y no tuve más remedio que seguirla hasta que veintidós minutos después supe que la *estrellera* me había ayudado a saltar por arriba del arco iris y Verónica del Prado prensó los ojos murmurando: -Gracias a Dios. *Lo vi*.

Nos volvimos a mirar con Camilo.

-En el *Villano* empecé a ver al Gentilhombre recorriendo una feria de Nápoles o de San Carlos. Tanto da -horizontalizó el bastón para apoyar la cabeza sobredorada por la pañoleta rusa la pianista que desde ese día se transformó en *la mujer de mi vida*. -Duro y dulce, como explica Chandler cuando describe a Philip Marlowe. *Duro*, porque de lo contrario no hubiera durado. Y *dulce* porque sin ese corazón no hubiera merecido durar ni ser *el mejor hombre posible en cualquier mundo posible*. Y en el *Ricercare* ya veo al Gentilhombre casándose con trompetas, aunque enseguida pierde una hija y tiene que juntar los pedazos para seguir volando ciego, como el propio Rodrigo. Hasta que en la interpolación de la *Españoleta* le nace otro hijo y termina por hacer chispear una *Danza de las Hachas* que lo guía hacia a un *Canario* digno de sobrevolar cualquier infierno.

Y cuando se paró a aplaudirme como hizo Spassky con Fischer al terminar la partida inmortal de Reikiavik Camilo cruzó el apartamento a las zancadas y ni siquiera cerró la puerta para llamar al ascensor mientras su ronroneo habitual se aproximó al rugido:

-*Lástima que no sea verdad tanta belleza, messieurs-dames*. Yo necesito salir a dar una vuelta y ver el mundo como es: gris, mugriento y mentiroso. Así que me tomo dos o tres calvados en el bar-tabac de la esquina y te paso a buscar, aspirante a Gentilhombre.

Cuando Dalma volvió de San Carlos y se enteró de que Pacho tenía una neumonía intuyó enseguida que se iba a morir muy pronto y un sábado Pablo suspendió la clase porque el hombre que iba en camino de transformarse en un pellejo idéntico al autorretrato con el que Michelangelo se flageló en la Capilla Sixtina les pidió para conversar un rato y les contó que a la hora del lobo escuchaba una voz adentro del pulmón que le decía cosas espantosas y vos te acordaste de un fantasma que tenía los iris y las córneas color verde lagarto y se te aparecía para mirarte desde abajo de un gacho de gángster en las pesadillas que te enloquecieron antes de las operaciones y nunca conociste nada peor hasta que tu padre se enteró de quién era la que le robaba las flores del cantero para llevárselas a las tres tumbas de la Isla de Lobos y terminó desmayándose de un cachetazo y entonces te animaste a rozarle una mano al hombre agonizante para murmurar el Padrenuestro que habías inventado cuando quedaste ciega y Pacho gimió Gracias Pajarita pero mi madre me enseñó que rezar era una traición contrarrevolucionaria desde antes de ir a la escuela y por más que trato no puedo aunque me encantó saber que cuando Bobby Fischer no se quería presentar a la tercera partida porque se emperó en jugar en la cancha de ping pong para no desconcentrarse el cura que lo asistía desgranaba rosarios como hacía Artigas en Ibiray y al final el muchacho loco le enseñó al mundo entero que si *te tenés fe de verdad* no hay nada que te venza.

-Pero qué cosa increíble encontrarte justo hablando de la *verdad* -se escuchó el flemerío chillón de Gato, que acababa de entrar sosteniendo un enorme vaso de grappa con campari porque evidentemente en aquel dormitorio no se podía fumar. -Acabo de encontrar un artículo dedicado a los hermanos Argensola y me di cuenta que en las peores discusiones que hemos tenido sobre el tema de la *verdad* y la *belleza* siempre terminamos empatando, por lo menos. Yo nací y me voy a morir sabiendo que no *triunfan*, pero jamás voy a negarte que son *reales*.

-Sí, en eso siempre coincidimos -se volvió a calzar la máscara de oxígeno Pacho, -¿Y qué dice el artículo?

-Tené un poco de paciencia -levantó una revista *Life* el hombre de doble barriga. -Me acabo de enterar de que los hermanos Bartolomé y Lupercio Argensola escribieron los únicos tres versos que le dejaron a la posteridad para cerrar este soneto titulado *A una mujer que se afeitaba (maquillaba) y estaba hermosa: Yo os quiero confesar don Juan, primero, / que aquel blanco y color de doña Elvira / no tiene de ella más, si bien se mira, / que el haberle costado su dinero. / Pero tras eso confesaros quiero / que es tanta la beldad de su mentira, / que en vano a competir con ella aspira / belleza igual de rostro verdadero. / Mas ¿qué mucho que yo perdido ande / por un engaño tal, pues que sabemos / que nos engaña así Naturaleza? / Porque ese cielo azul que todos vemos / ni es cielo ni es azul. ¡Lástima grande / que no sea verdad tanta belleza!*

-Pa. Tenés razón. Los Argensola eran los Benedetti de la época -tosió Pacho mirando divertido al hombre con el que había boxeado filosóficamente toda la vida: -Ni ellos mismos sabían lo que querían decir.

37 / PABLO

Camilo demoró casi una hora en venirme a buscar y no tuve más remedio que desahogarme contándole a Verónica el *gambito de colchón* con el que lo habíamos escrachado en el Stella la noche anterior.

-¿Y por qué le hicieron esa *charade* tan siniestra? -manoteó un cigarrillo la pianista, a la que pareció palidecerle hasta el bermellón turgente de la boca que jamás envejecería.

-Bueno, la idea fue mía. Y posiblemente se me ocurrió porque no soportaba ver a mi primo echando baba verde atrás de las mujeres. Siempre fue un picaflor, pero no un carnicero. Y la verdad es que todavía no puedo perdonarles que entre la madre y los curanderos a los que los tuvo que acompañarla mi tío muerto de vergüenza hayan logrado que abandonara a Alondra.

Y en ese momento entró Camilo con mucho cognac arriba y abrió la ventana para meter la cabeza en la tarde ya negra y rugir como si vomitara:

-Mi padre no era un *gentilhombre purísimo y sagrado*, Madame. Pablo se creyó esa farsa. Y ni siquiera sabe que la última vez que acampó en la Sierra no estaba solo: ya se habían combinado para encontrarse con la madre de Alondra.

-¿Quién te contó eso? -salté volteando el taburete del piano. -¿Y además qué podría tener de malo que hubiese elegido despedirse del *misterio virgen de la naturaleza* al lado de la mujer que siempre lo *adoró*?

-A mí eso me lo contó Gato, que lo pescó llamando por teléfono a San Carlos justo el día anterior al último campamento. Mi madre siempre tuvo razón, ¿entendiste? El famoso Caballero de la Fe era un vendedor de espejitos y terminó por volverla loca del todo a ella, que se quedaba sola los fines de semana para que el *seductor* guiara al prójimo a la *montaña de la purificación* y en los últimos tiempos ni siquiera laburaba dos días seguidos y teníamos que parar la olla nosotros.

-Pero si hasta el pobre gordo suicida reconocía que hombres *extraordinarios como Pacho y Salomón Rabí y Pirín Rosso* casi no existen y que tenemos que perdonarles algunas cagadas porque son los *únicos que ayudan a que la gente aguante este mundo de mierda* -le pegué una patada al estuche de la *estrellera* y Verónica me hizo caer de rodillas encajándome un bastonazo mientras ordenaba con perentoriedad de maestra de escuela: - Si se quieren matar váyanse mar afuera, caballeros. Porque yo acá no quiero enchastres en la moquette.

Y de golpe pareció sobrevolarnos una especie de paz celestial y terminamos los tres agarrándonos las manos y al final mi primo desembuchó:

-Recién acabo de ver a Alondra esperándome en la esquina del bar-tabac. Era *ella*, te juro. Y mañana mismo voy a cambiar la fecha del pasaje para volver lo antes posible porque si me abandona me mato.

Y se agachó a llorar y a besar el nácar de la *estrellera* igual que si estuviera lamiendo a una mujer y cuando le noté la bragueta obscenamente hinchada me di cuenta de que estaba borracho de algo mucho más fuerte que el cognac y lo frené agarrándole los hombros mientras Verónica suspiraba:

-El Espíritu Santo aparece cuando quiere.

38 / ALONDRA

La neumonía de Pacho no mejoró y hubo que hacerle una fibrobroncoscopía donde se comprobó que tenía un tumor maligno inoperable aunque Juliette se las arregló para que un médico amigo falsificara el resultado diagnosticándole una micosis pulmonar y en menos de dos semanas empezó a necesitar varias inyecciones de morfina diarias y apenas veía un poco de televisión y casi no comía aunque Camilo te contó que en los ratos donde recuperaba la mínima fuerza capaz de hacerlo calzarse la máscara de oxígeno repasaba la historia de Justo y sobre todo la de Sabino Regusci que había llegado a frecuentar las tertulias adonde iba Herrera y Reissig durante los meses que pasó en Buenos Aires y a cada rato murmuraba *Porque hablándolo en oro eres de acero* con los ojazos reverberándole como si estuviera en una cumbre más alta que la de la sierra hasta que hubo que internarlo y el hombre que ahora parecía una marioneta chorreante les prohibió que lo sacaran en un sillón de ruedas y tuvieron que arrastrarlo entre tres hasta la

ambulancia y uno de los especialistas más confiables de la Española les sugirió que a esa altura convenía administrarle un combinado de sedantes para que no siguiera sufriendo y Salomón Rabí que había ido a acompañarlos les advirtió que ese era el famoso cóctel inventado por la medicina moderna para asesinar eufemísticamente al enfermo y de paso aliviar a la familia y que mientras hubiera lucidez la vida era sagrada y se pusieron de acuerdo en no desconectarlo aunque a la media hora de ingresar al sanatorio Pacho recuperó una especie de energía indomable y se incorporó en la cama y empezó a balancearse con los ojos cerrados y apenas lo podían contener sosteniéndolo uno de cada lado hasta que le prensó un antebrazo a Camilo jadeando *Dame la mano hijo*.

-Lo que quiere decir que en ese momento te estaba viendo -te animaste a comentar, y el muchacho que todavía era tu novio y no se había enterado de que Pacho y Dalma se despidieron acampando juntos se puso a llorar a gritos y te confesó que fue Juliette la que convenció a un médico amigo de que lo desconectara.

-¿Y eso cuándo lo supiste?

-Eso me lo contó Gato después del entierro tratando de convencerme de que mi madre lo había hecho por piedad y que la perdonara porque realmente no supo lo que hizo. Me habló como un cura.

-¿Y vos la perdonaste?

-Yo la dejé de querer, de golpe. Y desde ese momento no le puedo dar ni un beso. Y lo peor es que siento que jamás quiso de verdad a mi viejo. Por eso lo mató.

-No hables así, mi amor.

-No hablo así las pelotas. Ellos estuvieron de novios tres años y Juliette sabía perfectamente bien cuál era la vocación de Pacho. ¿Vos sabías que Salomón Rabí terminó divorciándose porque era carpintero y lustrador y las clientas también le escribían cartitas enamoradas?

-Bueno, dicen que vos tenés enloquecidas a todas las mujeres del barrio y a mí hasta me hace gracia.

-Es que yo no sabo traicionar, Negrita -te sacó delicadísimamente la bombacha Camilo.

39 / PABLO

Al otro día acompañé a mi primo a la agencia de viajes y pudo adelantar diez días la vuelta a Montevideo y enseguida nos vinimos en un taxi al Stella a preparar la valija aunque tenía tiempo de sobra y de golpe desenfundó la *estrellera* y se tiró en la cama a acariciarla y me di cuenta que estaba verdaderamente desesperado.

-Tengo miedo de perderla para siempre -prendió un cigarrillo con otro y se atoró hasta que estuvo a punto de vomitar. -¿Te acordás de aquel disco de poemas recitados por María Casares que nos hizo escuchar Jerónimo Rabí?

-Sí. *Amor divino amor humano*. Se lo sabía de memoria.

-¿Y te acordás que en cierto momento le pregunté qué diferencia había entre el amor divino y el amor humano y él me dijo que eran exactamente la misma cosa?

-Me acuerdo.

-¿Vos también pensás que la *única verdad* que existe es *la belleza que te hace ver a Dios*?

-Sí. Por eso dejé a Lys.

-¿Y si no creés en Dios?

-Es lo mismo. Ayer hubo un momento en el que vi resplandecer a Verónica del Prado como si fuera Nuestra Señora. Y no entiendo por qué. Pero la *verdad* es eso.

-Y yo te juro que vi a Alondra esperándome en la esquina del bar-tabac después del *primer cognac*: todavía no estaba en pedo. ¿Pero por qué habrá querido envenenarme el tío Gato contándome la aventura de mi viejo con Dalma? Porque de últimas fue *eso* lo que me hizo dejar a Alondra. Y ayer cuando te escuché tocar el Gentilhombre en la *estrellera* sentí que lo único que importa en la vida es eso que tu pianista llama Espíritu Santo.

-Pero no te olvides que Gato *no podía soportar que otra gente creyera de verdad*. Es como si los nazis le hubieran fusilado la fe en Conzieu cuando tenía cinco años.

En ese momento nos golpearon a la puerta Ernesto y los porteños, que se acababan de enterar que Camilo volvía aquella misma noche a Montevideo.

-Trajimos unos vinitos y unos sándwiches *jambon-fromage* para despedir al galán del barrio Palermo -anunció con verdadero cariño el Titi. -Y de paso aprovechamos y nos sacamos unas fotos para no olvidarnos del histórico *cojinche con la ugandesa*.

Y de golpe terminé de entender que las cosas decisivas jamás pasan por casualidad y que Satanás me había ayudado mucho cuando me mandó la idea de ridiculizar tan maquiavélicamente a mi primo.

-Te voy a confesar algo, chaboncito -se le dulcificó durante un segundo el asco a la humanidad al sexópata de Trelew aquella noche, cuando volvimos de despedir a Camilo en Orly. -¿Sabés que ayer en la chambre 9 me volví a sentir por un rato un ángel del miedo en el paraíso de Adán?

-Y además te habrás dado cuenta que tu teatro ayuda a vivir.

-¿A vivir o a empujar a este pobre pendejo a formar una *familia ejemplar con la chirusa ciega* y soñar con la *felicidad imposible* hasta reventar solo y más desengañado de la gente que el Rey de los Judíos?

No pude contestarle.

40 / ALONDRA

Cuando te dijeron que el taxi que trajo a Camilo del aeropuerto pasó de largo por la casa de su madre y estacionó frente al conventillo donde Pelé y Garrincha ya estaban templando las lonjas, supiste que la exuberante matrona parecida a Catherine Deneuve iba a terminar suicidándose.

-Puedo dormir aquí por lo menos esta noche -te preguntó Camilo, ronroneando como la primera tarde que lo conociste.

-¿No te gustó París?

-París no es para nosotros. Pablo te mandó la *estrellera*. Dice que le salvaste la vida.

Entonces te le acercaste a aplastarle una lágrima con el índice de la mano derecha y te quedaste chupándotelo como si fuera un caramelo.

-¿Recibiste la postal que te mandé?

-Sí. Aunque preferí no leerla, igual que el personaje de Melville. Y mi primo la abrió de atrevido y me la quiso mostrar pero ni la miré.

-Mejor. Porque calculé mal y a la última palabra le falta una letra.

-Tomá -sacó del bolso de mano la pañoleta que usó Verónica del Prado la noche del último ensayo el muchacho, temblando. -Esto te lo manda Nuestra Señora. Ella la compró en Moscú. Y es dorada como los techos de las catedrales ortodoxas.

-¿Y por qué la llamás Nuestra Señora?

-Después te explico bien. Pero antes quiero que me aclares algo que nunca terminé de entender. Y mirá que verdaderamente no me importa lo que haya pasado cuando tu padre y mi madre acamparon en secreto.

.

-No acamparon en secreto -dejaste de acariciar el resplandor del satén como si te quemara. -Pacho le había rogado primero a Juliette que lo acompañara a la sierra a despedirse de la *altura sagrada* pero ella dijo que fuera con la *parda de mierda* y la dejara en paz.

-Y eso cómo lo supiste.

-Los escuché discutir a los gritos mientras esperaba a Pablo, que se demoró en un ensayo.

-¿Y por qué no le contaste nada a Pablo?

-¿Pero cómo le iba a contar eso?

-¿Y por qué no me lo contaste a mí cuando nos separamos? ¿Gato sabía por qué Pacho llamó a Dalma a San Carlos?

-Obvio. Pero a vos te contó la mitad de la verdad porque no soportaba que creyeras que tu padre era un santo.

-Madre de Dios. ¿Y cómo aguantaste que nos separáramos y que mi madre me pagara el viaje sin decirme la verdad?

-Tuve que rezar mucho.

-¿Y ahora qué hacemos?

-Bueno, lo primero que tendrías que hacer es abrir la valija y ordenar todo, ¿no? Mi madre está en San Carlos. ¿Tenés hambre? Yo no pensaba cenar, pero podemos comer unos choripanes. La semana pasada el Pelé consiguió una receta para agregarle hongos al chimichurri y te hacen ver el cielo.

